

Domingo XXVI del Tiempo Ordinario (ciclo A)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO** – Homilía en Santa Marta (13.XII.16)
- **BENEDICTO XVI** – Ángelus 2008 y Homilía 2011
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO** – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamezza.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Fray Agustí ALTISENT i Altisent, Monje (Tarragona, España)** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

UN PLAZO SALUDABLE

Ez 18, 25-28; Flp 2, 1-11; Mt 21, 28-32

El profeta Ezequiel entendió antes que otros profetas, la importancia de la responsabilidad personal. Ninguna persona debe cargar con los méritos o errores de sus antepasados. Más aún, comprendió que Dios no anda a la caza de los pecadores, sino que es justo y misericordioso a la vez y se complace en perdonar. La generación que padeció las consecuencias del destierro cuestionaba la paciencia excesiva de Dios hacia sus antepasados y la inflexibilidad que había mostrado hacia los desterrados. Para el profeta Ezequiel algo está más que claro, Dios quiere la vida y no la muerte para sus fieles; por eso mismo, espera pacientemente que sus hijos recapaciten. En la parábola evangélica, el Señor Jesús nos comparte su valoración sobre el ministerio de su maestro Juan Bautista: los dirigentes de Israel y cuantos se creían expertos en las cosas de Dios, se resistieron a creer, mientras que los que cargaban con estigmas sociales se dieron una oportunidad para rehacer su vida.

ANTÍFONA DE ENTRADA Dn 3, 31. 29. 30. 43. 42

Todo lo que hiciste con nosotros, Señor, es verdaderamente justo, porque hemos pecado contra ti y hemos desobedecido tus mandatos; pero haz honor a tu nombre y trátanos conforme a tu inmensa misericordia.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que manifiestas tu poder de una manera admirable sobre todo cuando perdonas y ejerces tu misericordia, multiplica tu gracia sobre nosotros, para que, apresurándonos hacia lo que nos prometes, nos hagas partícipes de los bienes celestiales. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Cuando el pecador se arrepiente, salva su vida.

Del libro del profeta Ezequiel: 18, 25-28

Esto dice el Señor: “Si ustedes dicen: ‘No es justo el proceder del Señor’, escucha, casa de Israel: ¿Conque es injusto mi proceder? ¿No es más bien el proceder de ustedes el injusto?

Cuando el justo se aparta de su justicia, comete la maldad y muere; muere por la maldad que cometió. Cuando el pecador se arrepiente del mal que hizo y practica la rectitud y la justicia, él mismo salva su vida. Si recapacita y se aparta de los delitos cometidos, ciertamente vivirá y no morirá”.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 24, 4bc-5. 6-7. 8-9.

R/. Descúbrenos, Señor, tus caminos.

Descúbrenos, Señor, tus caminos, guíanos con la verdad de tu doctrina. Tú eres nuestro Dios y salvador y tenemos en ti nuestra esperanza. **R/.**

Acuérdate, Señor, que son eternos tu amor y tu ternura. Según ese amor y esa ternura, acuérdate de nosotros. **R/.**

Porque el Señor es recto y bondadoso indica a los pecadores el sendero, guía por la senda recta a los humildes y descubre a los pobres sus caminos. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Tengan los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús.

De la carta del apóstol san Pablo a los filipenses: 2, 1-11

Hermanos: Si alguna fuerza tiene una advertencia en nombre de Cristo, si de algo sirve una exhortación nacida del amor, si nos une el mismo Espíritu y si ustedes me profesan un afecto entrañable, lléneme de alegría teniendo todos una misma manera de pensar, un mismo amor, unas mismas aspiraciones y una sola alma.

Nada hagan por espíritu de rivalidad ni presunción; antes bien, por humildad, cada uno considere a los demás como superiores a sí mismo y no busque su propio interés, sino el del prójimo. Tengan los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús.

Cristo, siendo Dios, no consideró que debía aferrarse a las prerrogativas de su condición divina, sino que, por el contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de siervo, y se hizo semejante a los hombres. Así, hecho uno de ellos, se humilló así mismo y por obediencia aceptó incluso la muerte, y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo exaltó sobre todas las cosas y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que, al nombre de Jesús, todos doblen la rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos, y todos reconozcan públicamente que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. **Palabra de Dios.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Jn 10, 27

R/. Aleluya, aleluya.

Mis ovejas escuchan mi voz, dice el Señor; yo las conozco y ellas me siguen. **R/.**

EVANGELIO

El segundo hijo se arrepintió y fue. - Los publicanos y las prostitutas se les han adelantado en el Reino de Dios.

Del santo Evangelio según san Mateo: 21, 28-32

En aquel tiempo, Jesús dijo a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: “¿Qué opinan de esto? Un hombre que tenía dos hijos fue a ver al primero y le ordenó: ‘Hijo, ve a trabajar hoy en la viña’. Él le contestó: ‘Ya voy, señor’, pero no fue. El padre se dirigió al segundo y le dijo lo mismo. Éste le respondió: ‘No quiero ir’, pero se arrepintió y fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?”. Ellos le respondieron: “El segundo”.

Entonces Jesús les dijo: “Yo les aseguro que los publicanos y las prostitutas se les han adelantado en el camino del Reino de Dios. Porque vino a ustedes Juan, predicó el camino de la justicia y no le creyeron; en cambio, los publicanos y las prostitutas sí le creyeron; ustedes, ni siquiera después de haber visto, se han arrepentido ni han creído en él”.

Palabra del Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 118, 49-50

Recuerda, Señor, la promesa que le hiciste a tu siervo, ella me infunde esperanza y consuelo en mi dolor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que este misterio celestial renueve, Señor, nuestro cuerpo y nuestro espíritu, para que seamos coherederos en la gloria de aquel cuya muerte, al anunciarla, la hemos compartido. El, que vive y reina por los siglos de los siglos.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO

La parábola evangélica de los dos hijos exhibe la falsa espiritualidad de quienes gustan de vivir en el mundo de las apariencias. Quien no sabe decir no y pronuncia un “sí” de los dientes para afuera, podrá engañar una vez, pero no más. Más temprano que tarde quedan patentes nuestras excusas y mentiras. En la relación con Dios no funcionan las declaraciones diplomáticas ni la falsa obediencia. Por un cierto tiempo podemos engañar a los demás, pero es imposible engañarnos a nosotros mismos y mucho menos engañar a Dios. El Señor Jesús no soportaba la hipocresía ni la doble moral que practicaban muchos escribas y fariseos en Israel. Quienes nos declaramos creyentes dispuestos a obedecer a Dios en el ámbito de las celebraciones sacramentales, sin hacer el debido esfuerzo para cumplir lo que prometemos, pecamos de ingenuidad. Dios nos conoce y no se entusiasma por nuestras promesas vanas.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Si se arrepiente, vivirá (Ez 18,25-28)

1ª lectura

Si el impío debe cargar con las consecuencias de su pecado, ¿hay lugar para el arrepentimiento? Ezequiel había esbozado poco antes con acento emocionado una de las fórmulas más bellas de la misericordia divina: «¿Acaso me agrada la muerte del impío..., y no que se convierta de sus caminos y viva?» (v. 23; cfr 33,11). Ahora responde: «si el impío se aparta de la impiedad que había obrado y hace justicia y derecho, él mismo se dará la vida» (v. 27).

Si en la explicación de la justicia divina y el castigo hay un largo proceso hasta el Nuevo Testamento, la misericordia divina es diáfana desde el principio de la Revelación bíblica, puesto que Dios siempre está pronto a perdonar. En la historia de la espiritualidad cristiana se han escrito páginas bellísimas, salidas de lo más profundo del corazón, que exhalan confianza en la misericordia de Dios. Sirva como muestra la siguiente oración de un autor cristiano oriental de la iglesia armenia: «Tú eres el Señor de la misericordia: ten, pues, misericordia también de mí, pecador, que te ruego y te suplico en muchos suspiros y lágrimas. (...) ¡Oh Dios, benigno y misericordioso! Eres llamado paciente con los pecadores; incluso Tú mismo has dicho: *Si el pecador se convierte, no pensaré más en su injusticia, en lo que cometió* (cfr Ez 18,21-22). Mira que he venido y me postro delante de ti: tu esclavo culpable se atreve a suplicar tu misericordia. No pienses en tantos pecados míos y no me desdeñes por mi injusticia. (...) Tú, Señor, estás habituado a usar de misericordia y de bondad, y a perdonar muchos pecados» (Juan Mandakuni, *Oratio* 2-3).

Ahora bien, íntimamente unida al perdón de Dios está la conversión del hombre. Por eso, no es extraño que estos textos de Ezequiel se evocaran a la hora de afirmar la necesidad del sacramento de la penitencia —«en todo tiempo, la penitencia para alcanzar la gracia y la justicia fue ciertamente necesaria a todos los hombres que se hubieran manchado con algún pecado mortal, aun a aquellos que hubieran pedido ser lavados por el sacramento del bautismo, a fin de que, rechazada y enmendada la perversidad, detestaran tamaña ofensa de Dios con odio del pecado y dolor de su alma. De ahí que diga el Profeta: *Convertíos y haced penitencia de todas vuestras iniquidades, y la iniquidad no se convertirá en ruina para vosotros*» (Conc. de Trento, *sess.* 14,1)— y de la verdadera contrición: «La contrición, que ocupa el primer lugar entre los mencionados actos del penitente, es un dolor del alma y detestación del pecado cometido, con propósito de no pecar en adelante. Ahora bien, este movimiento de contrición fue en todo tiempo necesario para impetrar el perdón de los pecados, y en el hombre caído después del bautismo, sólo prepara para la remisión de los pecados si va junto con la confianza en la divina misericordia y con el deseo de cumplir todo lo demás que se requiere para recibir debidamente este sacramento. Declara, pues, el santo Concilio que esta contrición no sólo contiene en sí el cese del pecado y el propósito e iniciación de una nueva vida, sino también el aborrecimiento de la vieja, conforme a aquello: *Arrojad de vosotros todas vuestras iniquidades, en que habéis prevaricado y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo*» (Conc. de Trento, *sess.* 14,4).

Los sentimientos de Cristo Jesús (Flp 2,1-11)

2ª lectura

El mayor gozo del Apóstol es la unidad de los cristianos, basada en la caridad y en el ejemplo de Cristo.

Él es quien nos ha dado el más grande ejemplo de humildad, como queda patente en los versículos siguientes, donde se conserva uno de los textos más antiguos del Nuevo Testamento sobre la divinidad de Jesucristo. Quizá es un himno utilizado por los primeros cristianos que San Pablo retoma. En él se canta la humillación y la exaltación de Cristo. El Apóstol, teniendo presente la divinidad de Cristo, centra su atención en la muerte de cruz como ejemplo supremo de humildad y obediencia. «¿Qué hay de más humilde —se pregunta San Gregorio de Nisa— en el Rey de los seres que el entrar en comunión con nuestra pobre naturaleza? El Rey de Reyes y Señor de Señores se reviste de la forma de nuestra esclavitud; el Juez del universo se hace tributario de príncipes terrenos; el Señor de la creación nace en una cueva; quien abarca el mundo entero no encuentra lugar en la posada (...); el puro e incorrupto se reviste de la suciedad de la naturaleza humana, y pasando a través de todas nuestras necesidades, llega hasta la experiencia de la muerte» (*De beatitudinibus* 1).

Al principio del himno (vv. 6-8) se evoca el contraste entre Jesucristo y Adán, que siendo hombre ambicionó ser como Dios (cfr Gn 3,5). Por el contrario, Jesucristo, siendo Dios, «se anonadó a sí mismo» (v. 7). «Al afirmar que se anonadó no indicamos otra cosa sino que tomó la condición de siervo, no que perdiera la divina. Permaneció inmutable la naturaleza en la que, existiendo en condición divina, es igual al Padre, y asumió la nuestra mudable, en la cual nació de la Virgen» (S. Agustín, *Contra Faustum* 3,6).

La obediencia de Cristo hasta la cruz (v. 8) repara la desobediencia del primer hombre. «El Hijo unigénito de Dios, Palabra y Sabiduría del Padre, que estaba junto a Dios en la gloria que había antes de la existencia del mundo, se humilló y, tomando la forma de esclavo, se hizo obediente hasta la muerte, con el fin de enseñar la obediencia a quienes sólo con ella podían alcanzar la salvación» (Orígenes, *De principiis* 3,5,6).

Dios Padre, al resucitar a Jesús y sentarlo a su derecha (vv. 9-11), concedió a su Humanidad el poder manifestar la gloria de la divinidad que le corresponde —«el nombre que está sobre todo nombre», es decir, el nombre de Dios—. Sin embargo, «esta expresión “le exaltó” no pretende significar que haya sido exaltada la naturaleza del Verbo (...). Términos como “humillado” y “exaltado” se refieren únicamente a la dimensión humana. Efectivamente, sólo lo que es humilde es susceptible de ser ensalzado» (S. Atanasio, *Contra Arianos* 1,41).

Todas las criaturas quedaron sometidas a su poder, y los hombres deberán confesar la verdad fundamental de la doctrina cristiana: «Jesucristo es el Señor». La palabra griega *Kyrios* empleada por San Pablo en esta fórmula es utilizada por la antigua versión griega llamada de los Setenta para traducir del hebreo el nombre de Dios. De ahí que esa fórmula sea una proclamación de que Jesucristo es Dios.

Un hombre tenía dos hijos (Mt 21,28-32)

Evangelio

La parábola de los dos hijos sólo viene recogida en Mateo y subraya la necesidad de la conversión (v. 32): Israel es como el hijo que dijo «sí» a Dios pero luego no creyó y no dio frutos (cfr v. 30), como los fariseos que «dicen pero no hacen» (23,3). En cambio, los pecadores dicen «no» a las obras de la Ley con su conducta, pero se convierten ante los signos de Dios (v. 32), cumplen la voluntad del Padre y entran en el Reino de Dios (v. 31).

El Señor señala tres jalones en el camino (v. 32) que lleva a la fe: ver, arrepentirse y creer. «Cuando el pecado está en el hombre, el hombre ya no puede contemplar a Dios. Pero puedes sanar, si quieres. Ponte en manos del médico, y él punzará los ojos de tu alma y de tu corazón. ¿Qué médico es éste? Dios, que sana y vivifica mediante su Palabra y su sabiduría. (...) Si entiendes todo

esto y vives pura, santa y justamente, podrás ver a Dios; pero la fe y el temor de Dios han de tener la absoluta preferencia de tu corazón, y entonces entenderás todo esto» (S. Teófilo de Antioquía, *Ad Autolycum* 1,7).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

Parábola de los dos hijos

Nuevamente les arguye el Señor por medio de parábolas, para darles a entender, por un lado, la ingratitud de ellos y por otro, la docilidad de aquellos mismos que tan absolutamente condenaban. Porque estos dos hijos ponen bien de manifiesto lo que sucedió con los judíos y con los gentiles. Porque fue así que los gentiles, que no habían prometido obedecer y no habían oído jamás la ley, en sus obras mostraron su obediencia; y los judíos, que habían dicho: Todo cuanto dijere el Señor lo haremos y obedeceremos, en sus obras le desobedecieron. Justamente porque no pensaran que la ley había de servirles para algo, Él les hace ver que ella había de ser motivo de mayor condenación. Que es lo mismo que Pablo afirma cuando dice: No los que oyen la ley son justos delante de Dios, sino los que cumplen la ley serán justificados. Y notemos que, para que sean ellos mismos quienes se condenen, les obliga el Señor a responder a su pregunta, que era como pronunciar su propia sentencia. Lo mismo hace luego en la parábola siguiente de la viña.

Publicanos y rameras van delante

Para conseguirlo, pone la culpa en otra persona. Como directamente no lo hubieran querido confesar, los va llevando a donde quiere por medio de la parábola. Mas ya que ellos mismos sin entender lo que decían, pronuncian su sentencia, el Señor pasa a revelarles lo que estaba como en la penumbra y les dice: Los publicanos y las rameras se adelantan a vosotros camino del reino de los cielos. Porque vino Juan a vosotros en camino de justicia, y no le creísteis, pero los publicanos y las rameras le creyeron. Y vosotros, a pesar de verlos, no os arrepentisteis luego para creer en él. Si les hubiera, sin más, dicho: ‘Las rameras se os adelantarán’, su palabra hubiera parecido dura; ahora, en cambio, cuando han sido ellos mismos los que han dado su sentencia, aquella dureza desaparece. De ahí que añade también la causa. –¿Y qué causa era ésa? –Vino Juan –dice– a vosotros, y no a ellos. Más aún: Vino en camino de justicia. Porque no vais a acusar a Juan de haber sido un hombre negligente e inútil. No, su vida fue irreprochable, y su celo extraordinario; y, sin embargo, no le prestasteis atención. Y, junto con ésta, otra culpa: que los publicanos se la prestaron. Y otra más todavía: que ni aun después de ellos creísteis vosotros. Porque su deber era haber creído antes; mas el no haber creído ni aun después, es pecado que no tiene ya perdón posible. Grande alabanza de los publicanos y mayor condenación de fariseos: ‘A vosotros vino y no le atendisteis; a los publicanos no vino y lo recibieron. Y ni aun a éstos queréis por maestros. Mirad por cuántos modos alaba a los unos y condena a los otros: ‘A vosotros vino, no a ellos. Vosotros no creísteis, y esto no les escandalizó a ellos. Ellos creyeron, y esto no os aprovechó a vosotros. Por lo demás, decir: Os preceden, no quiere decir que ellos sigan, sino que, si quieren, tienen esperanza de seguirlos. Nada, en efecto, como la emulación despierta a la gente grosera. De ahí que el Señor repita a cada paso: Los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos. Y por eso, para excitar su emulación, les pone delante a publicanos y rameras. En realidad, éstos son los dos extremos del pecado; los dos engendrados de un mal amor: la concupiscencia de la carne y la codicia de la riqueza. Pero con ello les prueba también que creer a Juan es, sobre todo, obedecer a la ley de Dios. El que las rameras, pues, entraran en el reino de los cielos no fue obra de sola gracia, sino también de justicia. Porque no entraron siguiendo en su mala vida, sino obedientes y creyentes, purificadas y transformadas. Ya

veis, pues, cómo con la parábola y luego con el ejemplo de las rameritas quitó dureza, a par que añadió viveza a su palabra. Porque no les dijo a bocajarro: ‘¿Por qué no creísteis a Juan Bautista?’ Su procedimiento es más enérgico. Primero les pone el ejemplo de las rameritas y luego añade lo de la fe, convenciéndolos por la evidencia misma de los hechos de lo imperdonable de su conducta y haciéndoles ver de paso cómo todo o hacían por temor a los hombres y por vanagloria. Porque si no confesaban a Cristo, era por temor de ser excomulgados de la sinagoga; y si de Juan no se atrevían a hablar mal, no era por respeto a su santidad, sino por temor al pueblo.

De todo lo cual los arguyó con lo dicho, y todavía les asestó más duro golpe diciendo: Y vosotros, a pesar de saberlo, no os arrepentisteis después para creer en él. Malo es ya no decidirse por el bien desde el principio, pero mucho peor no cambiar tampoco después. Esto es lo que señaladamente hace perversos a muchos y esto es lo que veo pasarles ahora a algunos por su extremo endurecimiento.

Exhortación a la confianza: una conversión notable

Pero que nadie sea de éstos. Aun cuando hubiereis caído en lo más hondo de la maldad, nadie desespere de poderse convertir y mejorar. ¿No habéis oído la historia de la célebre pecadora pública, que dejó primero atrás a todos en disolución y a todos también oscureció luego por su piedad? No me refiero a la pecadora de que nos habla el Evangelio, sino a la de nuestros mismos días, procedente de una de las más corrompidas ciudades de Fenicia. El caso es que esta mala mujer se hallaba entre nosotros; era la primera actriz del teatro, su nombre corría de boca en boca por todas partes, no sólo en nuestra ciudad, sino también en la Cilicia y Capadocia. ¡Cuántas fortunas hizo dilapidar, a cuántos huérfanos quitó la vida! Muchos la acusaban hasta de magia, de modo que tenía sus redes no sólo con la belleza de su cuerpo, sino también con sus maleficios.

Entre sus redes llegó a prender esta mala mujer no menos que al hermano de la emperatriz. Tal era la tiranía de su belleza. Mas de pronto, no se sabe cómo, o, mejor dicho, yo lo sé perfectamente; con decidida voluntad, por su cambio de vida y por la gracia de Dios, que a sí se atrajera, despreció cuanto antes había amado, tiró por tierra todos los embustes del diablo y emprendió su carrera hacia el cielo. Realmente, nadie le había ganado en torpeza cuando actuaba en el teatro; y, sin embargo, a muchas sobrepujó, luego por su castidad más rigurosa, vestida de saco, y sin dejar ya en toda su vida este atuendo. Se acudió por causa de ella al prefecto de la ciudad, fueron soldados bien armados, y no fueron capaces de hacerla volver a la escena ni sacarla de entre las vírgenes que la habían recogido.

Ella se hizo merecedora de los misterios inefables, mostró un fervor digno de la gracia que se le había concedido y así terminó su vida, después de haber lavado por la gracia todos sus pecados y haber practicado después del bautismo la más alta filosofía. Porque, después de encerrarse a sí misma y viviendo todo el resto de su vida como en una cárcel, no consintió ni la más leve mirada a sus antiguos amantes que a ello venían. Así se cumplió aquí que los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos. Tan necesaria nos es en todo momento un alma inflamada de fervor, y nada hay entonces que nos impida llegar a ser grandes y admirables.

El que está en pie puede caer, y el que ha caído, levantarse

Nadie, por ende, de los que se hallan en pecado, desespere; nadie tampoco, de los que practican la virtud, se adormezca ni se fíe de su virtud, pues muchas veces le pasará delante una ramera. Ni tampoco el pecador desespere, pues muy posible es que también él pase delante a los primeros. Escuchad lo que dice Dios a Jerusalén: Díjele después de cometer todas estas impurezas: Conviértete, y no se convirtió. Lo que quiere decir que, por lo menos cuando nos volvemos al

ardiente amor de Dios, Dios no nos echa ya en cara lo pasado. No es Dios como los hombres. Dios, si nos arrepentimos, no nos reprocha lo pasado ni nos dice: ¿Cómo te descuidaste durante tanto tiempo? Si nos volvemos a Él, nos ama. Lo que cumple es que nos volvamos debidamente. Unámonos, pues, con Él ardientemente, clavemos nuestros corazones con su temor. Conversiones así no sólo se han dado en el Antiguo, sino también en el Nuevo Testamento. ¿Quién fue peor que Manasés? Y, sin embargo, pudo hacerse a Dios propicio. ¿Quién más afortunado que Salomón? Y, sin embargo, por haberse adormecido, cayó.

Más aún, en una sola persona os puedo hacer ver lo uno y lo otro: en el padre mismo de Salomón, Porque David fue en ocasiones bueno y en ocasiones malo.

¿Quién más feliz que Judas? Y, sin embargo, vino a parar en traidor, ¿Quién más miserable que Pablo? Y, sin embargo, se convirtió en apóstol. ¿Quién peor que Mateo? Y vino a ser evangelista. ¿Quién más envidiable que Simón? Y también éste vino a ser el más miserable de todos. ¡Cuántas otras transformaciones semejantes no cabe citar, ora de antiguo sucedidas, ya de las que aun ahora suceden diariamente! De ahí que os repito: ni el que está en el teatro desconfíe ni el que está en la iglesia tenga temeraria confianza. A éste se le dice: El que crea estar en pie, tema no caiga; y a aquél: ¿El que cae, no se levanta? Y: Enderezad las manos flojas y las rodillas desatadas. Nuevamente a los unos les dice: Vigila. Y a los otros: Levántate tú que duermes y resucita de entre los muertos. Los unos han de vigilar por guardar lo que tienen; los otros esforzarse por ser lo que no son. Aquellos han de guardar la salud; éstos, librarse de su enfermedad.

Porque están ciertamente muy enfermos; y sin embargo, muchos enfermos se curan, y muchos sanos, si son negligentes, enferman. A los unos se les dice: Mira que ya estás curado, no peques más, no sea te suceda algo peor. Y a los otros: ¿Quieres curarte? Pues toma tu camastro y echa a andar y vete a tu casa.

Porque terrible, terrible parálisis es el pecado, o, por mejor decir, no sólo parálisis, sino algo más grave. Porque el pecador no sólo es impotente para el bien, sino muy activo para el mal. Y, sin embargo, aun cuando tal sea tu situación, con un poco que quieras levantarte, todos tus males pueden desaparecer. Aun cuando lleves treinta y ocho años enfermo, con un poco de empeño que pongas en curarte, nadie te lo podrá impedir. También ahora se presenta delante de ti Cristo y te dice: Toma tu camilla. Basta que quieras: levántate. No desesperes. No tienes hombre, pero tienes a Dios. No tienes quien te arroje en la piscina, pero tienes quien hará que no tengas necesidad alguna de piscina. No tienes quien te meta en ella, pero tienes quien te manda que tomes tu camilla y camines. Aquí no cabe decir: Mientras yo bajo, otro se me adelanta. Porque, si tú quieres bajar, nadie hay que te lo estorbe. Es ésta una gracia que no se gasta ni consume, una fuente que mana perennemente y de su plenitud nos curamos todos en el cuerpo y en el alma. Acerquémonos pues, también ahora.

Rahab, mala mujer era, y se salvó. El ladrón, asesino sería, y se convirtió en ciudadano del paraíso. Judas que estuvo con el Maestro, se hizo traidor; y el ladrón, estando en la cruz, se hizo discípulo. Tales son las sorpresas de Dios. De este modo fueron los Magos gloriosos; así el publicano se convirtió en evangelista; así el blasfemo en apóstol.

El trabajo es breve; el premio, eterno

Mira estos ejemplos y no desesperes jamás. Anímate más bien y levántate a ti mismo. Basta sólo con que entres por el camino que allí lleva y adelantarás rápidamente. No te cierres las puertas, no obstruyas la entrada. Breve es el tiempo presente, escaso el trabajo. Más aun cuando fuera mucho, ni aun así habría que desalentarse. Porque, aun cuando no tuvieses este trabajo, el más bello trabajo que existe, de la penitencia y la virtud, en el mundo, irremediamente, tendrás de otro modo

trabajos también y fatigas. Si, pues, en uno y otro caso hay trabajo, ¿por qué no escoger el que lleva aparejado tan gran fruto y recompensa? Y, a decir verdad, tampoco es igual uno y otro trabajo. Porque, en los negocios terrenos, los peligros son continuos, los daños se suceden unos a otros, la esperanza es incierta, la servidumbre mucha, y el gasto de dinero, de cuerpo y de alma, constante. Y luego, el fruto y recompensa está siempre muy por bajo de la esperanza, si es que llegan; pues no siempre dan fruto tantas fatigas en las cosas de la vida. Más aun cuando los negocios no fracasen, sino que den mucho fruto, ése permanece poco tiempo. Allá cuando viejo, cuando tu capacidad de gozar será poco menos que nula, te rendirá provecho tu trabajo. Y es de advertir que el trabajo lo pones en todo el vigor de tu cuerpo; el fruto, en cambio, y el goce te llega cuando tu cuerpo está ya viejo y agotado, cuando el tiempo ha marchitado tu sensibilidad y, aun cuando no la hubiere marchitado, la perspectiva de la muerte no te ha de dejar gozar. No así en la virtud. El trabajo es en el tiempo de la corrupción y en el cuerpo mortal; la corona, empero, en cuerpo inmortal y exento de vejez y que no ha de tener fin. El trabajo es lo primero y breve; la recompensa, posterior y sin término, a fin de que puedas ya descansar tranquilamente, sin perspectiva de molestia alguna. Porque allí no hay que temer ya cambio ni decadencia, como aquí.

¿Qué bienes, pues, son éstos, que no son ni seguros, que son breves y de barro, que antes de aparecer desaparecen, y que se ganan a costa de tantas fatigas? ¿Y qué bienes hay semejantes a aquéllos, que no se cambian, que no envejecen, que no nos producen fatiga alguna, y que en el momento mismo de los combates te traen la corona? Porque el que desprecia las riquezas, aquí mismo recibe ya su recompensa, libre que se ve de preocupaciones de envidias, de denuncias, de insidias y de malquerencia. El que vive casta y moderadamente, aun antes de salir de este mundo, es también coronado y vive entre delicias, libre igualmente que está de toda indecencia, ridiculez, peligros, acusaciones y de tantos otros inconvenientes. Y, por modo semejante, todas las otras virtudes nos dan ya desde aquí su recompensa.

Exhortación final: huyamos del mal, sigamos la virtud

A fin, pues de alcanzar los bienes presentes y venideros, huyamos la maldad y abracémonos con la virtud. Porque de este modo no sólo viviremos felices en este mundo, sino que alcanzaremos los bienes eternos, que os deseo a todos por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea gloria y poder por los siglos de los siglos. Amén.

(Homilía 67 Obras, BAC (Madrid 1956) 376-385)

FRANCISCO – Homilía en Santa Marta (13.XII.16)

El mal del clericalismo

El clericalismo en la Iglesia es un mal de raíces antiguas y que tiene siempre como víctima «al pueblo pobre y humilde»: no por casualidad también hoy el Señor repite a los «intelectuales de la religión» que pecadores y prostitutas les precederán en el reino de los cielos. Es un verdadero examen de conciencia el propuesto por el Papa Francisco en la misa celebrada el martes, 13 de diciembre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. Recordando el pasaje evangélico de Mateo (21, 28—32) presentado en la liturgia, el Pontífice ha subrayado que «Jesús se dirige a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos del pueblo y eso quiere decir a los que tenían la autoridad, la autoridad jurídica, la autoridad moral, la autoridad religiosa: todo». Él «habla claro» a los «que decidían todo: pensemos en Anás y Caifás, que han juzgado a Jesús, o a esa palabra de Caifás: es más ventajoso para nosotros que muera un hombre por el pueblo y que no se estropee la nación entera». En resumen, afirmó el Papa, «ellos decidían todo, también tomaron la decisión de matar a

Lázaro, porque era un testimonio que no era conveniente para sus intereses». Eran «hombres de poder» y «a ellos se dirigió Judas, para negociar: “¿Cuánto me dais si os lo traigo?”». Exactamente «así fue vendido Jesús». Y ellos «eran los sacerdotes, los jefes».

Estas personas, explicó Francisco, «habían llegado a este estado de prepotencia, incluso de tiranía hacia el pueblo, instrumentalizando la ley»; pero «una ley que ellos rehicieron muchas veces hasta llegar incluso a quinientos mandamientos: todo estaba regulado, ¡todo!». Era «una ley científicamente construida, porque esta gente estaba capacitada, conocía bien, le daban muchos matices». Pero, hizo notar el Pontífice, «era una ley sin memoria: habían olvidado el primer mandamiento que Dios dio a nuestro padre Abraham: camina en mi presencia y sé irreprochable». En cambio «ellos no caminaban: siempre estuvieron firmes en sus propias convicciones y no eran irreprochables».

Además, prosiguió el Papa, «no tenían memoria porque habían olvidado incluso los diez mandamientos de Moisés». El cual «había dado los mandamientos, pero con esta construcción de la ley intelectualista, sofisticada, casuística, olvidaban la ley de Moisés». Así «esta ley se volvió como un becerro de oro —otro becerro de oro— en lugar de la ley de Moisés». Por ejemplo, explicó Francisco, «el cuarto mandamiento —uno de los más bonitos, si no el más bonito— y el único que dice que habrá un premio: honra, cuida de tus padres». Y sin embargo se podría llegar a decir: «Pero si los padres tienen necesidad y yo he hecho un voto y he dado mi dinero al templo, lo siento queridísimos padres, allá vosotros». Y es así que «cancelan con la ley hecha por ellos, la ley hecha por el Señor: falta esa memoria que une el hoy con el origen, con la revelación».

«Jesús fue víctima de estos —afirmó el Pontífice— pero la víctima de todos los días era el pueblo humilde y pobre, del cual nos habla hoy Sofonías: dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, y en el nombre de Yahveh se cobijará el Resto de Israel» (3, 1-2. 9-13). Entonces, prosiguió, «es como decir, un poco más fuerte, los que han sido descartados por vosotros, los que tienen fe en el Señor y viven de esta fe». Jesús «les dice: el problema no es cumplir la ley, el problema es arrepentirse», añadió Francisco.

Refiriéndose una vez más al evangelio de Mateo, el Papa explicó que es precisamente el caso del primero de los dos hijos enviados por el padre a trabajar a la viña: inicialmente dice que no, «pero después se arrepintió y fue». Efectivamente, prosiguió, «ellos no sabían qué era arrepentirse, porque se sentían perfectos: “te doy las gracias Señor porque no soy como los demás, ni como el que está rezando ahí”». De hecho «eran vanidosos, orgullosos, soberbios, y mientras la víctima es el pueblo», que «sufría estas injusticias, se sentía condenado por ellos, abusado por ellos: el pueblo, humilde y pobre, descartado».

«Esta —afirmó Francisco— será la promesa. Un pueblo que sabe arrepentirse, que se reconoce pecador, es como un descarte de esta gente». Y añadió, «a mí me gusta pensar en Judas». Sin duda «Judas fue un traidor, pecó demasiado, pecó gravemente». Pero «después el Evangelio dice que, arrepentido, fue a ellos a devolverles las monedas». Y ellos intentaron tranquilizarle diciendo: «Tú has sido nuestro socio, nosotros tenemos el poder de perdonarte todo». Él rechaza y ellos le responden que allá él, que el problema es suyo. Así «le han dejado solo, descartado: el pobre Judas traidor y arrepentido no ha sido acogido por los pastores, porque estos habían olvidado qué era un pastor». Eran «los intelectuales de la religión, los que tenían el poder, que llevaban adelante la catequesis del pueblo con una moral hecha por su inteligencia y no por la revelación de Dios».

Es «feo», añadió Francisco, el hecho que «este pueblo humilde y pobre» venga «descartado por esta gente que se alejaron de Él» y «que les apaleaban». Claro, añadió el Papa, «alguno de

vosotros puede decirme: “gracias a Dios estas cosas han pasado”. No, queridos míos, también hoy — ¡también hoy!— los hay en la Iglesia. ¡Y esto duele mucho!».

Efectivamente, afirmó, «hay ese espíritu de clericalismo en la Iglesia, que se siente: los clérigos se sienten superiores, los clérigos se alejan de la gente, los clérigos dicen siempre: “esto se hace así, así, así, y ¡vosotros irros!”». Ocurre «cuando el clérigo no tiene tiempo para escuchar a los que sufren, a los pobres, a los enfermos, a los reclusos: el mal del clericalismo es una cosa muy fea, es una edición nueva de este mal antiguo». Pero «la víctima es la misma: el pueblo pobre y humilde, que confía en el Señor».

«El Padre —concluyó el Papa— siempre ha intentado acercarse a nosotros, envió a su Hijo. Estamos esperando, esperando en espera alegre, exultantes. Pero el Hijo no entró en el juego de esta gente: el Hijo se fue con los enfermos, los pobres, los descartados, los publicanos, los pecadores y — es escandaloso— las prostitutas». Pero «también hoy Jesús nos dice a todos nosotros y a los que son seducidos por el clericalismo: “los pecadores y las prostitutas os precederán en el reino de los cielos”».

BENEDICTO XVI - Ángelus 2008 y Homilía 2011

Ángelus 2008

Se requiere humildad para acoger el don de la salvación

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy la liturgia nos propone la parábola evangélica de los dos hijos enviados por el padre a trabajar en su viña. De estos, uno le dice inmediatamente que sí, pero después no va; el otro, en cambio, de momento rehúsa, pero luego, arrepintiéndose, cumple el deseo paterno. Con esta parábola Jesús reafirma su predilección por los pecadores que se convierten, y nos enseña que se requiere humildad para acoger el don de la salvación. También san Pablo, en el pasaje de la carta a los Filipenses que hoy meditamos, nos exhorta a la humildad: “No hagáis nada por rivalidad, ni por vanagloria —escribe—, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismos” (*Flp* 2, 3). Estos son los mismos sentimientos de Cristo, que, despojándose de la gloria divina por amor a nosotros, se hizo hombre y se humilló hasta morir crucificado (cf. *Flp* 2, 5-8). El verbo utilizado —*ekenosen*— significa literalmente que “se vació a sí mismo”, y pone bien de relieve la humildad profunda y el amor infinito de Jesús, el Siervo humilde por excelencia.

Reflexionando sobre estos textos bíblicos, he pensado inmediatamente en el Papa Juan Pablo I, de cuya muerte se celebra hoy el trigésimo aniversario. Eligió como lema episcopal el mismo de san Carlos Borromeo: *Humilitas*. Una sola palabra que sintetiza lo esencial de la vida cristiana e indica la virtud indispensable de quien, en la Iglesia, está llamado al servicio de la autoridad. En una de las cuatro audiencias generales que tuvo durante su brevísimo pontificado, dijo entre otras cosas, con el tono familiar que lo caracterizaba: “Me limito a recordaros una virtud muy querida del Señor, que dijo: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”... Aun si habéis hecho cosas grandes, decid: siervos inútiles somos”. Y agregó: “En cambio la tendencia de todos nosotros es más bien lo contrario: ponerse en primera fila” (*Audiencia general*, 6 de septiembre de 1978: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 10 de septiembre de 1978, p. 11). La humildad puede considerarse como su testamento espiritual.

Precisamente gracias a esta virtud, bastaron treinta y tres días para que el Papa Luciani entrara en el corazón de la gente. En sus discursos ponía ejemplos tomados de hechos de la vida

concreta, de sus recuerdos de familia y de la sabiduría popular. Su sencillez transmitía una enseñanza sólida y rica, que, gracias al don de una memoria excepcional y una vasta cultura, adornaba con numerosas citas de escritores eclesiásticos y profanos. Así, fue un catequista incomparable, siguiendo las huellas de san Pío X, su paisano y predecesor, primero en la cátedra de san Marcos y después en la de san Pedro. “Tenemos que sentirnos pequeños ante Dios”, dijo en esa misma audiencia. Y añadió: “No me avergüenzo de sentirme como un niño ante su madre; a la madre se le cree; yo creo al Señor y creo lo que él me ha revelado” (*ib.*, p. 4). Estas palabras muestran toda la grandeza de su fe. A la vez que damos gracias a Dios por haberlo dado a la Iglesia y al mundo, atesoremos su ejemplo, comprometiéndonos a cultivar su misma humildad, que lo capacitó para hablar con todos, especialmente con los pequeños y con los así llamados lejanos. Con este fin, invoquemos a María santísima, humilde Esclava del Señor.

Homilía 2011

No cuentan las palabras, sino las obras, los hechos de conversión y de fe

Queridos hermanos y hermanas

Me emociona celebrar aquí la Eucaristía, la Acción de Gracias, con tanta gente llegada de distintas partes de Alemania y de los países limítrofes. Dirijamos nuestro agradecimiento sobre todo a Dios, en el cual vivimos, nos movemos y existimos (cf. *Hch* 17,28). Pero quisiera también daros las gracias a todos vosotros por vuestra oración por el Sucesor de Pedro, para que siga ejerciendo su ministerio con alegría y confiada esperanza, confirmando a los hermanos en la fe.

“Oh Dios, que manifiestas especialmente tu poder con el perdón y la misericordia...”, hemos dicho en la oración colecta del día. Hemos escuchado en la primera lectura cómo Dios ha manifestado en la historia de Israel el poder de su misericordia. La experiencia del exilio en Babilonia había hecho caer al pueblo en una profunda crisis de fe: ¿Por qué sobrevino esta calamidad? ¿Acaso Dios no era verdaderamente poderoso?

Ante todas las cosas terribles que suceden hoy en el mundo, hay teólogos que dicen que Dios de ningún modo puede ser omnipotente. Frente a esto, nosotros profesamos nuestra fe en Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Y nos alegramos y agradecemos que Él sea omnipotente. Pero, al mismo tiempo, debemos darnos cuenta de que Él ejerce su poder de manera distinta a como nosotros, los hombres, solemos hacer. Él mismo ha puesto un límite a su poder al reconocer la libertad de sus criaturas. Estamos alegres y reconocidos por el don de la libertad. Pero cuando vemos las cosas tremendas que suceden por su causa, nos asustamos. Fiémonos de Dios, cuyo poder se manifiesta sobre todo en la misericordia y el perdón. Y, queridos fieles, no lo dudemos: Dios desea la salvación de su pueblo. Desea nuestra salvación, mi salvación, la salvación de cada uno. Siempre, y sobre todo en tiempos de peligro y de cambio radical, Él nos es cercano y su corazón se conmueve por nosotros, se inclina sobre nosotros. Para que el poder de su misericordia pueda tocar nuestros corazones, es necesario que nos abramos a Él, se necesita la libre disponibilidad para abandonar el mal, superar la indiferencia y dar cabida a su Palabra. Dios respeta nuestra libertad. No nos coacciona. Él espera nuestro “sí” y, por decirlo así, lo mendiga.

Jesús retoma en el Evangelio este tema fundamental de la predicación profética. Narra la parábola de los dos hijos enviados por el padre a trabajar en la viña. El primer hijo responde: “«No quiero». Pero después se arrepintió y fue” (*Mt* 21, 29). El otro, sin embargo, dijo al padre: “«Voy, señor». Pero no fue” (*Mt* 21, 30). A la pregunta de Jesús sobre quién de los dos ha hecho la voluntad del padre, los que le escuchaban responden justamente: “El primero” (*Mt* 21, 31). El mensaje de la

parábola está claro: no cuentan las palabras, sino las obras, los hechos de conversión y de fe. Jesús – lo hemos oído – dirige este mensaje a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo de Israel, es decir, a los expertos en religión de su pueblo. En un primer momento, ellos dicen “sí” a la voluntad de Dios. Pero su religiosidad acaba siendo una rutina, y Dios ya no los inquieta. Por esto perciben el mensaje de Juan el Bautista y de Jesús como una molestia. Así, el Señor concluye su parábola con palabras drásticas: “Los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el Reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y las prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no os arrepentisteis ni le creísteis” (*Mt* 21, 31-32). Traducida al lenguaje de nuestro tiempo, la afirmación podría sonar más o menos así: los agnósticos que no encuentran paz por la cuestión de Dios; los que sufren a causa de sus pecados y tienen deseo de un corazón puro, están más cerca del Reino de Dios que los fieles rutinarios, que ven ya solamente en la Iglesia el sistema, sin que su corazón quede tocado por esto: por la fe.

De este modo, la palabra nos debe hacer reflexionar mucho, es más, nos debe impactar a todos. Sin embargo, esto no significa en modo alguno que se deba considerar a todos los que viven en la Iglesia y trabajan en ella como alejados de Jesús y del Reino de Dios. Absolutamente no. No, este el momento de decir más bien una palabra de profundo agradecimiento a tantos colaboradores, empleados y voluntarios, sin los cuales sería impensable la vida en las parroquias y en toda la Iglesia. La Iglesia en Alemania tiene muchas instituciones sociales y caritativas, en las cuales el amor al prójimo se lleva a cabo de una forma también socialmente eficaz y que llega a los confines de la tierra. Quisiera expresar en este momento mi gratitud y aprecio a todos los que colaboran en *Caritas* alemana u otras organizaciones, o que ponen generosamente a disposición su tiempo y sus fuerzas para las tareas de voluntariado en la Iglesia. Este servicio requiere ante todo una competencia objetiva y profesional. Pero en el espíritu de la enseñanza de Jesús se necesita algo más: un corazón abierto, que se deja conmover por el amor de Cristo, y así presta al prójimo que nos necesita más que un servicio técnico: amor, con el que se muestra al otro el Dios que ama, Cristo. Entonces, también a partir de Evangelio de hoy, preguntémonos: ¿Cómo es mi relación personal con Dios en la oración, en la participación en la Misa dominical, en la profundización de la fe mediante la meditación de la Sagrada Escritura y el estudio del Catecismo de la Iglesia Católica? Queridos amigos, en último término, la renovación de la Iglesia puede llevarse a cabo solamente mediante la disponibilidad a la conversión y una fe renovada.

En el Evangelio de este domingo –lo hemos oído– se habla de dos hijos, pero tras los cuales hay misteriosamente un tercero. El primer hijo dice no, pero después hace lo que se le ordena. El segundo dice sí, pero no cumple la voluntad del padre. El tercero dice “sí” y hace lo que se le ordena. Este tercer hijo es el Hijo unigénito de Dios, Jesucristo, que nos ha reunido a todos aquí. Jesús, entrando en el mundo, dijo: “He aquí que vengo... para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad” (*Hb* 10, 7). Este “sí”, no solamente lo pronunció, sino que también lo cumplió y lo sufrió hasta en la muerte. En el himno cristológico de la segunda lectura se dice: “El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y una muerte de cruz” (*Flp* 2, 6-8). Jesús ha cumplido la voluntad del Padre en humildad y obediencia, ha muerto en la cruz por sus hermanos y hermanas – por nosotros– y nos ha redimido de nuestra soberbia y obstinación. Démosle gracias por su sacrificio, doblemos las rodillas ante su Nombre y proclamemos junto con los discípulos de la primera generación: “Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (*Flp* 2, 10).

La vida cristiana debe medirse continuamente con Cristo: “Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús” (Flp 2, 5), escribe san Pablo en la introducción al himno cristológico. Y algunos versículos antes, él ya nos exhorta: “Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordéis con un mismo amor y un mismo sentir” (Flp 2, 1-2). Así como Cristo estaba totalmente unido al Padre y le obedecía, así sus discípulos deben obedecer a Dios y tener entre ellos un mismo sentir. Queridos amigos, con Pablo me atrevo a exhortaros: Dadme esta gran alegría estando firmemente unidos a Cristo. La Iglesia en Alemania superará los grandes desafíos del presente y del futuro y seguirá siendo fermento en la sociedad, si los sacerdotes, las personas consagradas y los laicos que creen en Cristo, fieles a su vocación específica, colaboran juntos; si las parroquias, las comunidades y los movimientos se sostienen y se enriquecen mutuamente; si los bautizados y confirmados, en comunión con su obispo, tienen alta la antorcha de una fe inalterada y dejan que ella ilumine sus ricos conocimientos y capacidades. La Iglesia en Alemania seguirá siendo una bendición para la comunidad católica mundial si permanece fielmente unida a los sucesores de san Pedro y de los Apóstoles, si de diversos modos cuida la colaboración con los países de misión y se deja también “contagiar” en esto por la alegría en la fe de las iglesias jóvenes.

Pablo une la llamada a la humildad con la exhortación a la unidad. Y dice: “No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás” (Flp 2, 3-4). La vida cristiana es una pro-existencia: un ser para el otro, un compromiso humilde para con el prójimo y con el bien común. Queridos fieles, la humildad es una virtud que en el mundo de hoy y, en general, de todos los tiempos, no goza de gran estima, pero los discípulos del Señor saben que esta virtud es, por decirlo así, el aceite que hace fecundos los procesos de diálogo, posible la colaboración y cordial la unidad. *Humilitas*, la palabra latina para “humildad”, está relacionada con *humus*, es decir con la adherencia a la tierra, a la realidad. Las personas humildes tienen los pies en la tierra. Pero, sobre todo, escuchan a Cristo, la Palabra de Dios, que renueva sin cesar a la Iglesia y a cada uno de sus miembros.

Pidamos a Dios el ánimo y la humildad de avanzar por el camino de la fe, de alcanzar la riqueza de su misericordia y de tener la mirada fija en Cristo, la Palabra que hace nuevas todas las cosas, que para nosotros es “Camino, Verdad y Vida” (Jn 14, 6), que es nuestro futuro. Amén.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El hombre justo se distingue por su rectitud habitual hacia el prójimo

1807. La *justicia* es la virtud moral que consiste en la constante y firme voluntad de dar a Dios y al prójimo lo que les es debido. La justicia para con Dios es llamada “la virtud de la religión”. Para con los hombres, la justicia dispone a respetar los derechos de cada uno y a establecer en las relaciones humanas la armonía que promueve la equidad respecto a las personas y al bien común. El hombre justo, evocado con frecuencia en las Sagradas Escrituras, se distingue por la rectitud habitual de sus pensamientos y de su conducta con el prójimo. “Siendo juez no hagas injusticia, ni por favor del pobre, ni por respeto al grande: con justicia juzgarás a tu prójimo” (Lv 19,15). “Amos, dad a vuestros

esclavos lo que es justo y equitativo, teniendo presente que también vosotros tenéis un Amo en el cielo” (Col 4,1).

Sólo el Espíritu Santo puede hacer nuestros los sentimientos de Jesús

... como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden

2842. Este “como” no es el único en la enseñanza de Jesús: “Sed perfectos ‘como’ es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5, 48); “Sed misericordiosos, ‘como’ vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6, 36); “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que ‘como’ yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros” (Jn 13, 34). Observar el mandamiento del Señor es imposible si se trata de imitar desde fuera el modelo divino. Se trata de una participación, vital y nacida “del fondo del corazón”, en la santidad, en la misericordia, y en el amor de nuestro Dios. Sólo el Espíritu que es “nuestra Vida” (Ga 5, 25) puede hacer nuestros los mismos sentimientos que hubo en Cristo Jesús (cf Flp 2, 1. 5). Así, la unidad del perdón se hace posible, “perdonándonos mutuamente ‘como’ nos perdonó Dios en Cristo” (Ef 4, 32).

La obligación de la justicia social

1928. La sociedad asegura la justicia social cuando realiza las condiciones que permiten a las asociaciones y a cada uno conseguir lo que les es debido según su naturaleza y su vocación. La justicia social está ligada al bien común y al ejercicio de la autoridad.

I. EL RESPETO DE LA PERSONA HUMANA

1929. La justicia social sólo puede ser conseguida en el respeto de la dignidad trascendente del hombre. La persona representa el fin último de la sociedad, que le está ordenada:

La defensa y la promoción de la dignidad humana “nos han sido confiadas por el Creador, y de las que son rigurosa y responsablemente deudores los hombres y mujeres en cada coyuntura de la historia” (SRS 47).

1930. El respeto de la persona humana implica el de los derechos que se derivan de su dignidad de criatura. Estos derechos son anteriores a la sociedad y se imponen a ella. Fundan la legitimidad moral de toda autoridad: menospreciándolos o negándose a reconocerlos en su legislación positiva, una sociedad mina su propia legitimidad moral (cf PT 65). Sin este respeto, una autoridad sólo puede apoyarse en la fuerza o en la violencia para obtener la obediencia de sus súbditos. Corresponde a la Iglesia recordar estos derechos a los hombres de buena voluntad y distinguirlos de reivindicaciones abusivas o falsas.

2425. La Iglesia ha rechazado las ideologías totalitarias y ateas asociadas en los tiempos modernos al “comunismo” o “socialismo”. Por otra parte, ha reprobado en la práctica del “capitalismo” el individualismo y la primacía absoluta de la ley de mercado sobre el trabajo humano (cf CA 10, 13.44). La regulación de la economía únicamente por la planificación centralizada pervierte en la base los vínculos sociales; su regulación únicamente por la ley de mercado quebranta la justicia social, porque “existen numerosas necesidades humanas que no tienen salida en el mercado” (CA 34). Es preciso promover una regulación razonable del mercado y de las iniciativas económicas, según una justa jerarquía de valores y atendiendo al bien común.

IV. LA ACTIVIDAD ECONOMICA Y LA JUSTICIA SOCIAL

2426. El desarrollo de las actividades económicas y el crecimiento de la producción están destinados a remediar las necesidades de los seres humanos. La vida económica no tiende solamente a multiplicar los bienes producidos y a aumentar el lucro o el poder; está ante todo ordenada al servicio

de las personas, del hombre entero y de toda la comunidad humana. La actividad económica dirigida según sus propios métodos, debe moverse dentro de los límites del orden moral, según la justicia social, a fin de responder al plan de Dios sobre el hombre (cf GS 64).

El señorío de Cristo

IV. SEÑOR

446. En la traducción griega de los libros del Antiguo Testamento, el nombre inefable con el cual Dios se reveló a Moisés (cf. Ex 3, 14), YHWH, es traducido por “Kyrios” [“Señor”]. *Señor* se convierte desde entonces en el nombre más habitual para designar la divinidad misma del Dios de Israel. El Nuevo Testamento utiliza en este sentido fuerte el título “Señor” para el Padre, pero lo emplea también, y aquí está la novedad, para Jesús reconociéndolo como Dios (cf. 1 Co 2,8).

447. El mismo Jesús se atribuye de forma velada este título cuando discute con los fariseos sobre el sentido del Salmo 109 (cf. Mt 22, 41-46; cf. también Hch 2, 34-36; Hb 1, 13), pero también de manera explícita al dirigirse a sus apóstoles (cf. Jn 13, 13). A lo largo de toda su vida pública sus actos de dominio sobre la naturaleza, sobre las enfermedades, sobre los demonios, sobre la muerte y el pecado, demostraban su soberanía divina.

448. Con mucha frecuencia, en los Evangelios, hay personas que se dirigen a Jesús llamándole “Señor”. Este título expresa el respeto y la confianza de los que se acercan a Jesús y esperan de él socorro y curación (cf. Mt 8, 2; 14, 30; 15, 22, etc.). Bajo la moción del Espíritu Santo, expresa el reconocimiento del misterio divino de Jesús (cf. Lc 1, 43; 2, 11). En el encuentro con Jesús resucitado, se convierte en adoración: “Señor mío y Dios mío” (Jn 20, 28). Entonces toma una connotación de amor y de afecto que quedará como propio de la tradición cristiana: “¡Es el Señor!” (Jn 21, 7).

449. Atribuyendo a Jesús el título divino de Señor, las primeras confesiones de fe de la Iglesia afirman desde el principio (cf. Hch 2, 34-36) que el poder, el honor y la gloria debidos a Dios Padre convienen también a Jesús (cf. Rm 9, 5; Tt 2, 13; Ap 5, 13) porque Él es de “condición divina” (Flp 2, 6) y el Padre manifestó esta soberanía de Jesús resucitándolo de entre los muertos y exaltándolo a su gloria (cf. Rm 10, 9; 1 Co 12, 3; Flp 2,11).

450. Desde el comienzo de la historia cristiana, la afirmación del señorío de Jesús sobre el mundo y sobre la historia (cf. Ap 11, 15) significa también reconocer que el hombre no debe someter su libertad personal, de modo absoluto, a ningún poder terrenal sino sólo a Dios Padre y al Señor Jesucristo: César no es el “Señor” (cf. Mc 12, 17; Hch 5, 29). “La Iglesia cree.. que la clave, el centro y el fin de toda historia humana se encuentra en su Señor y Maestro” (GS 10, 2; cf. 45, 2).

451. La oración cristiana está marcada por el título “Señor”, ya sea en la invitación a la oración “el Señor esté con vosotros”, o en su conclusión “por Jesucristo nuestro Señor” o incluso en la exclamación llena de confianza y de esperanza: “Maran atha” (“¡el Señor viene!”) o “Maran atha” (“¡Ven, Señor!”) (1 Co 16, 22): “¡Amén! ¡ven, Señor Jesús!” (Ap 22, 20).

452. El nombre de Jesús significa “Dios salva”. El niño nacido de la Virgen María se llama “Jesús” “porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1, 21); “No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” ((...) Hch 4, 12).

453. El nombre de Cristo significa “Ungido”, “Mesías”. Jesús es el Cristo porque “Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder” (Hch 10, 38). Era “el que ha de venir” (Lc 7, 19), el objeto de “la esperanza de Israel” (Hch 28, 20).

454. El nombre de Hijo de Dios significa la relación única y eterna de Jesucristo con Dios su Padre: Él es el Hijo único del Padre (cf. Jn 1, 14. 18; 3, 16. 18) y Él mismo es Dios (cf. Jn 1, 1). Para ser cristiano es necesario creer que Jesucristo es el Hijo de Dios (cf. Hch 8, 37; 1 Jn 2, 23).

455. El nombre de Señor significa la soberanía divina. Confesar o invocar a Jesús como Señor es creer en su divinidad “Nadie puede decir: “¡Jesús es Señor!” sino por influjo del Espíritu Santo” (1 Co 12, 3).

Artículo 3. “JESUCRISTO FUE CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPIRITU SANTO Y NACIO DE SANTA MARIA VIRGEN”

Párrafo 1. EL HIJO DE DIOS SE HIZO HOMBRE

I. POR QUE EL VERBO SE HIZO CARNE

456. Con el Credo Niceno-Constantinopolitano respondemos confesando: “*Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre*”.

457. El Verbo se encarnó *para salvarnos reconciliándonos con Dios*: “Dios nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10). “El Padre envió a su Hijo para ser salvador del mundo” (1 Jn 4, 14). “Él se manifestó para quitar los pecados” (1 Jn 3, 5):

Nuestra naturaleza enferma exigía ser sanada; desgarrada, ser restablecida; muerta, ser resucitada. Habíamos perdida la posesión del bien, era necesario que se nos devolviera. Encerrados en las tinieblas, hacía falta que nos llegara la luz; estando cautivos, esperábamos un salvador; prisioneros, un socorro; esclavos, un libertador. ¿No tenían importancia estos razonamientos? ¿No merecían conmover a Dios hasta el punto de hacerle bajar hasta nuestra naturaleza humana para visitarla ya que la humanidad se encontraba en un estado tan miserable y tan desgraciado? (San Gregorio de Nisa, or. catech. 15).

458. El Verbo se encarnó *para que nosotros conociésemos así el amor de Dios*: “En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él” (1 Jn 4, 9). “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16).

459. El Verbo se encarnó *para ser nuestro modelo de santidad*: “Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí ...” (Mt 11, 29). “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14, 6). Y el Padre, en el monte de la transfiguración, ordena: “Escuchadle” (Mc 9, 7; cf. Dt 6, 4-5). Él es, en efecto, el modelo de las bienaventuranzas y la norma de la ley nueva: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 15, 12). Este amor tiene como consecuencia la ofrenda efectiva de sí mismo (cf. Mc 8, 34).

460. El Verbo se encarnó *para hacernos “participes de la naturaleza divina”* (2 P 1, 4): “Porque tal es la razón por la que el Verbo se hizo hombre, y el Hijo de Dios, Hijo del hombre: Para que el hombre al entrar en comunión con el Verbo y al recibir así la filiación divina, se convirtiera en hijo de Dios” (S. Ireneo, haer., 3, 19, 1). “Porque el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios” (S. Atanasio, Inc., 54, 3). “Unigenitus Dei Filius, suae divinitatis volens nos esse participes, naturam nostram assumpsit, ut homines deos faceret factus homo” (“El Hijo Unigénito de Dios, queriendo hacernos participantes de su divinidad, asumió nuestra naturaleza, para que, habiéndose hecho hombre, hiciera dioses a los hombres”) (Santo Tomás de A., opusc 57 in festo Corp. Chr., 1).

II. LA ENCARNACION

461. Volviendo a tomar la frase de San Juan (“El Verbo se encarnó”: Jn 1, 14), la Iglesia llama “Encarnación” al hecho de que el Hijo de Dios haya asumido una naturaleza humana para llevar a cabo por ella nuestra salvación. En un himno citado por S. Pablo, la Iglesia canta el misterio de la Encarnación:

Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo: el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. (Flp 2, 5-8; cf. LH, cántico de vísperas del sábado).

“Hágase tu voluntad”

III. HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

2822. La voluntad de nuestro Padre es “que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (1 Tm 2, 3-4). El “usa de paciencia, no queriendo que algunos perezcan” (2 P 3, 9; cf Mt 18, 14). Su mandamiento que resume todos los demás y que nos dice toda su voluntad es que “nos amemos los unos a los otros como él nos ha amado” (Jn 13, 34; cf 1 Jn 3; 4; Lc 10, 25-37).

2823. Él nos ha dado a “conocer el Misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano ... : hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza ... a él por quien entramos en herencia, elegidos de antemano según el previo designio del que realiza todo conforme a la decisión de su Voluntad” (Ef 1, 9-11). Pedimos con insistencia que se realice plenamente este designio benévolo, en la tierra como ya ocurre en el cielo.

2824. En Cristo, y por medio de su voluntad humana, la voluntad del Padre fue cumplida perfectamente y de una vez por todas. Jesús dijo al entrar en el mundo: “He aquí que yo vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad” (Hb 10, 7; Sal 40, 7). Sólo Jesús puede decir: “Yo hago siempre lo que le agrada a él” (Jn 8, 29). En la oración de su agonía, acoge totalmente esta Voluntad: “No se haga mi voluntad sino la tuya” (Lc 22, 42; cf Jn 4, 34; 5, 30; 6, 38). He aquí por qué Jesús “se entregó a sí mismo por nuestros pecados según la voluntad de Dios” (Ga 1, 4). “Y en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo” (Hb 10, 10).

2825. Jesús, “aun siendo Hijo, con lo que padeció, experimentó la obediencia” (Hb 5, 8). ¡Con cuánta más razón la deberemos experimentar nosotros, criaturas y pecadores, que hemos llegado a ser hijos de adopción en él! Pedimos a nuestro Padre que una nuestra voluntad a la de su Hijo para cumplir su voluntad, su designio de salvación para la vida del mundo. Nosotros somos radicalmente impotentes para ello, pero unidos a Jesús y con el poder de su Espíritu Santo, podemos poner en sus manos nuestra voluntad y decidir escoger lo que su Hijo siempre ha escogido: hacer lo que agrada al Padre (cf Jn 8, 29):

Adheridos a Cristo, podemos llegar a ser un solo espíritu con él, y así cumplir su voluntad: de esta forma ésta se hará tanto en la tierra como en el cielo (Orígenes, or. 26).

Considerad cómo Jesucristo nos enseña a ser humildes, haciéndonos ver que nuestra virtud no depende sólo de nuestro esfuerzo sino de la gracia de Dios. El ordena a cada fiel que ora, que lo haga universalmente por toda la tierra. Porque no dice ‘Que tu voluntad se haga’ en mí o en vosotros ‘sino en toda la tierra’: para que el error sea desterrado de ella, que la verdad reine en ella, que el vicio sea destruido en ella, que la virtud vuelva a florecer en ella y que la tierra ya no sea diferente del cielo (San Juan Crisóstomo, hom. in Mt 19, 5).

2826. Por la oración, podemos “discernir cuál es la voluntad de Dios” (Rm 12, 2; Ef 5, 17) y obtener “constancia para cumplirla” (Hb 10, 36). Jesús nos enseña que se entra en el Reino de los cielos, no mediante palabras, sino “haciendo la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mt 7, 21).

2827. “Si alguno cumple la voluntad de Dios, a ese le escucha” (Jn 9, 31; cf 1 Jn 5, 14). Tal es el poder de la oración de la Iglesia en el Nombre de su Señor, sobre todo en la Eucaristía; es comunión de intercesión con la Santísima Madre de Dios (cf Lc 1, 38. 49) y con todos los santos que han sido “agradables” al Señor por no haber querido más que su Voluntad:

Incluso podemos, sin herir la verdad, cambiar estas palabras: ‘Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo’ por estas otras: en la Iglesia como en nuestro Señor Jesucristo; en la Esposa que le ha sido desposada, como en el Esposo que ha cumplido la voluntad del Padre (San Agustín, serm. Dom. 2, 6, 24).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del reino de Dios

En el Evangelio de este Domingo otra vez Jesús nos habla aún por medio de una parábola; dice: «Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: “Hijo, ve hoy a trabajar en la viña”. Él le contestó: “No quiero”. Pero, después recapacitó y fue. Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Él le contestó: “Voy, señor”. Pero no fue. “¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?” Contestaron: “El primero”».

El hijo que dice sí y no va, representa a los que conocían a Dios y seguían su ley; pero, después, en el momento práctico, cuando se ha tratado de aceptar a Cristo, que era «el fin de la Ley» se han vuelto atrás. El hijo que dice no y va, representa a los que en un tiempo vivían fuera de la Ley y de la voluntad de Dios; pero, después, ante Jesús han recapacitado y han acogido el Evangelio. De aquí la conclusión, que Jesús les tira en cara «a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo...: Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del reino de Dios».

¿Qué nos dice hoy nosotros esta página del Evangelio? Pienso esto: que para Dios las palabras y las bellas promesas cuentan poco, si no son seguidas por las obras. «Entre el dicho y el hecho hay un gran trecho». «No todo el que me diga: “Señor, Señor”, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7,21).

La parábola de Jesús, como se ve, no está lejos de la vida. Lo que Dios se espera de nosotros es asimismo lo que nosotros nos esperamos los unos de los otros en la vida. Toda madre espera de los propios hijos una obediencia real, no sólo de palabras; un afecto no hecho de fáciles propósitos juveniles prontamente olvidados en el momento de la necesidad sino efectivo y capaz de estimular hasta el sacrificio.

Una incoherencia resulta concretamente odiosa en el cristiano: la que hay entre lo que profesa y promete en la iglesia o cuando ora, y lo que después es y hace fuera, en casa o en el trabajo. Hacer, en suma, la parte del hermano que dice sí en la iglesia y la parte del hermano que dice no en la vida. El mundo nos juzga justamente por los hechos, no por las palabras. «Es mejor ser cristianos sin decirlo, que decirlo sin serlo», decía el mártir san Ignacio de Antioquia.

Pero, atentos: ¡también de este principio se puede abusar! Hay personas no creyentes o no practicantes, que están siempre dispuestas a aportar la excusa: «¡Oh, pero los que van a la iglesia son peores que los demás!», creyéndose así justificados, si ellos no van a la iglesia y no rezan. Ante todo, el criterio usado por estas personas es de costumbre muy discutible. El bien y el mal son determinados sólo según su gusto e interés. Si la mujer o esposa va a la iglesia, entonces debe tomarlo todo a su cargo, tragarlo todo, callar siempre y nunca responder... Sin tener en cuenta que también quien reza y se esfuerza en vivir según el Evangelio es una persona humana y puede tener sus límites y sus luchas. Y, después, hasta incluso si se tratase de una incoherencia, ésta no es nunca una excusa para nadie: cada uno debe responder ante Dios y ante la propia conciencia de lo que él hace, no de lo que hacen los demás.

Pero, explicado el contenido central de la parábola, es necesario que volvamos a la extraña conclusión, que saca Jesús de ella: «Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del reino de Dios».

Ninguna frase de Jesús ha sido más manipulada que ésta. Se ha terminado por crear a veces hasta una especie de aura evangélica en torno a la categoría de las prostitutas, idealizándolas y oponiéndolas a los así llamados bienpensantes, que serían todos, indistintamente, escribas y fariseos hipócritas. La literatura está llena de prostitutas «buenas». ¡Baste pensar en la Traviata de Verdi o en la humilde Sonia del Delito y castigo de Dostoevskij!

Pero, esto es un terrible infra entender. Jesús pone un caso límite, como por decir: «Hasta las prostitutas, que es lo máximo a decir, os precederán en el reino de Dios». La prostitución está contemplada en toda su seriedad y tornada como término de comparación para establecer la gravedad del pecado de quien rechaza obstinadamente la verdad.

No se dan cuenta, sino todo lo contrario, que idealizando la categoría de las prostitutas, se viene a idealizar también la de los publicanos, esto es, los usureros, que siempre les acompañan en el Evangelio. Si Jesús, por lo demás, une a estas dos categorías entre sí no es sin un motivo; unas y otros tienen puesto el dinero en la vida por encima de todo.

Sería trágico si la palabra del Evangelio hiciese a los cristianos menos atentos a combatir el fenómeno degradante de la prostitución, que hoy ha tornado proporciones tan alarmantes en nuestras ciudades. Jesús tenía demasiado respeto hacia la mujer para no sufrir, él el primero, por lo que ella llega a ser, cuando se reduce a este estado.

Aquello por lo cual él aprecia a la prostituta no es por su manera de vivir sino por su capacidad de cambiar y de poner al servicio del bien la propia capacidad de amar. Como la Magdalena, que, habiéndose convertido, siguió a Cristo hasta bajo de la cruz y llegó a ser el primer testimonio de la resurrección (en el supuesto de que fuese una de ellas). Lo que le obliga a Jesús a inculcar con su palabra, lo dice claramente al final: los publicanos y las prostitutas se han convertido ante la predicación de Juan el Bautista; los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, no. El Evangelio no nos empuja, por lo tanto, a promover campañas moralistas contra las prostitutas; pero, ni siquiera a tomar en broma el fenómeno, como si fuese algo de nada.

Hoy, entre otras cosas, la prostitución se presenta bajo una forma nueva, que consigue ganar dinero sin ni siquiera correr los riesgos que tienen siempre las pobres mujeres condenadas a la calle. Esta nueva forma consiste en vender el propio cuerpo bajo la luz de los reflectores, permaneciendo tranquilas ante una máquina fotográfica o una cámara de televisión. Lo que la mujer hace cuando se presta a la pornografía y a ciertos excesos de publicidad es vender el propio cuerpo para las miradas más que para el contacto. Prostitución es igualmente ésta y peor que las tradicionales, porque se

presenta o expone públicamente y no respeta la libertad y los sentimientos de la gente. Es, por lo tanto, una forma de violencia. Yo creo que este fenómeno hoy suscitaría en Cristo la misma cólera que él tuvo para con los hipócritas de su tiempo. Porque se trata precisamente de hipocresía. Un dar la imagen de que todo está en su sitio, todo es inocuo, que no hay trasgresión alguna, ningún peligro para nadie, dándose hasta un estudiado cierto aire de inocencia e ingenuidad al arrojar el propio cuerpo como pasto a la concupiscencia de los demás.

Pero, hecha esta debida precisión, me parece que yo traicionaría el espíritu del Evangelio si no hiciera patente la esperanza, que aquella palabra de Cristo ofrece a las mujeres, que en las circunstancias más distintas de la vida (frecuentemente, por desesperación) se han encontrado haciendo la calle, víctimas las más de las veces de codiciosos sin escrúpulos. El Evangelio es «Evangelio», esto es, buena noticia, noticia de rescate y de esperanza, de igual forma para las prostitutas. Es más, quizás antes de todo, para ellas. Jesús ha querido que fuese así.

Yo no pienso que muchas prostitutas lean o escuchen estas mis palabras; pero, si hubiese tan sólo una, yo no quiero desaprovechar la ocasión (¿el buen pastor no deja las noventa y nueve ovejas para ir en busca de la única, que se le había perdido?). Yo quiero que el Evangelio pueda brillar a sus ojos, que puedan descubrir que hay uno que no las juzga, sino que les ama y espera: Jesucristo.

El Evangelio nos habla de una pecadora pública (no sabemos si era la misma Magdalena o una persona distinta; mas, esto no tiene importancia) que un día, desafiando las miradas de todos, entró en la casa donde estaba Jesús y «poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume» (Lucas 7, 36ss.). ¿Qué le ha empujado a dar este paso? Ha oído a aquel hombre hablar de misericordia y de perdón. En sus palabras y en su mirada ha percibido por vez primera que existía un género de amor que ella nunca había conocido. Ha nacido en ella la esperanza y ésta ha hecho el resto. Ya no hay nada de vergüenza en su rostro, nada de desprecio de sí misma en su corazón. Ha nacido una mujer nueva, que ya no teme a nada. Ha encontrado el verdadero amor.

A los presentes, escandalizados, Jesús les declara: «Quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra» (Lucas 7, 47); y vuelto hacia la mujer le dice: «Tu fe te ha salvado. Vete en paz» (Lucas 7,50). ¡Qué revolución silenciosa se realizaba aquel día! Nadie, de ahora en adelante, está señalado de por vida, nadie está obligado por la fatalidad a permanecer en lo que era. Se puede cambiar. Una prostituta puede llegar a ser un apóstol, una santa, una lámpara para toda la Iglesia. La historia recuerda a distintas prostitutas, que han llegado a ser penitentes, ermitañas y grandes santas. La más famosa, después de la Magdalena, es santa María Egipcíaca, honrada en toda la cristiandad oriental. Jesús en verdad ha venido a «salvar lo que estaba perdido» (Lucas 19, 10).

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Sobre el verdadero amor

Esta parábola del Señor nos pone bien en la realidad de lo que suele ser el comportamiento humano. ¿Quién no desea actuar correctamente? A la hora de la verdad, sin embargo, no pocas veces las obras no se corresponden con nuestros bienintencionados proyectos. Aquel primer movimiento del corazón, y posiblemente también de la lengua en personas muy efusivas, no era del todo determinante de la conducta.

“Obras son amores y no buenas razones”, reza un refrán castellano. Porque son los actos de cada uno lo único que puede contribuir al bien de otro y, por tanto, la manifestación de amor. Hasta que no hay una entrega efectiva que de algún modo beneficia al ser amado no hay propiamente amor. Puede haber, ciertamente, proyecto de amar. Pero ese proyecto no pasa de ser un deseo ineficaz, mientras no contribuya al bien de quien se ama.

El apóstol Santiago, en una carta dirigida a los fieles de la primera cristiandad, ejemplifica con gran sentido cual debe ser la actitud de un buen cristiano: **Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento cotidiano, y alguno de vosotros les dice: «Id en paz, calentaos y saciaos», pero no le dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve?** En ocasiones, es indudable que un comentario oportuno, un consejo, unas palabras de consuelo, una corrección con caridad si es necesario, pueden ser ya otros tantos modos de ayudar eficazmente al prójimo. Pero, casi siempre, es cierto el refrán de que lo que ayuda y manifiesta verdadero amor es la conducta, más que las palabras.

San Pablo nos pone ante los ojos el ejemplo de Jesucristo: **En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. Por eso también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. Si alguno posee bienes de este mundo y, viendo que su hermano padece necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor a Dios? Hijos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con obras y de verdad.**

Todos tenemos en la memoria la imagen que algunos tipos que se caracterizan por querer de verdad, intensamente –aunque no sea con rectitud– y lo demuestran, porque logran a como dé lugar sus objetivos. En *Camino* se nos anima a querer como ellos: que no se diga que, por el mal, otros ponen más empeño que nosotros por Dios: ***Me dices que sí, que quieres. —Bien, pero ¿quieres como un avaro quiere su oro, como una madre quiere a su hijo, como un ambicioso quiere los honores o como un pobrecito sensual su placer?***

—¿No? —Entonces no quieres.

Cuando se quiere, cuando se ama de verdad, la vista del corazón permanece fija en quien se ama. Por la fe, reconocemos que en todo momento Dios acoge cada uno de nuestros actos. Con esta visión –desde luego sobrenatural– procura comportarse el cristiano. Moverse casi únicamente por la utilidad, por el gusto, por el éxito, por un valor consideradas las cosas de “tejas abajo”, nos lleva, antes o después, a desistir en el empeño inicial, por decidido que pareciera: cada uno nos convertimos inevitablemente en la medida de nuestro esfuerzo, en lugar de ser Dios quien nos impulsa en cada instante, siempre hasta la perfección: sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto, recomienda Nuestro Señor.

Estemos, pues, prevenidos ante nuestras buenas intenciones; que no son malas, pero son insuficientes, mientras no se cuajen en realidades de obras de amor. Esas obras que nos acaban confirmando que, efectivamente, los sentimientos nuestros son como Dios quiere, y no sólo una especie de ensueño insustancial y estéril. Una sensata desconfianza de nosotros mismos puede ser actitud prudente, de quien está muy interesado en concluir como es debido los nobles y grandes ideales nacidos en su corazón. Implorando el auxilio divino, contaremos sin duda con esa fuerza que nos falta por nuestra pequeñez de criaturas.

Nos puede suceder, en ocasiones –¡cómo no!–, que no fueron en un principio nobles y buenas nuestras disposiciones por obrar el bien. No está, sin embargo, todo perdido, como no estaba tampoco todo ganado con unas buenas disposiciones. Recordemos al hijo de la parábola y comenzó con una negativa a su padre: descarada, podríamos decir. Sin embargo, recapacita y no se deja llevar

por su primer impulso interior. Ha triunfado el buen criterio de la obediencia. Así nosotros, si procuramos mantenernos en la presencia de Dios, sentiremos –sí– de cuando en cuando la rebeldía de no procurar y lo que más agrada a Dios, Nuestro Padre, pero el amor, presente en el corazón, nos llevará a rectificar.

A Santa María, le pedimos ser como Ella, por nuestra respuesta entusiasta y generosa a Dios y por un cumplimiento acabado, y heroico si fuera preciso.

PALABRA Y VIDA (www.palabayvida.com.ar)

Salvación y libertad

Habrán notado ciertamente que, de las tres lecturas que la liturgia nos hace escuchar en cada Misa, la primera y la tercera se corresponden, en el sentido de que tienen un tema común, mientras que la segunda –sacada, en general, del apóstol Pablo– constituye habitualmente un tema de reflexión en sí misma.

También hoy es así. La primera y la tercera lectura se refieren a un tema común: la primera nos muestra sobre ello el pensamiento del Antiguo Testamento, y la tercera lectura, el pasaje evangélico, el pensamiento de Jesús.

Ese tema es hoy el de la responsabilidad personal en la salvación. Nuestra salvación es toda obra o don gratuito que Dios hace al hombre. Pero –y he aquí el tema de hoy– ella también es toda fruto de nuestra colaboración y de nuestra libertad. Aquel que te haya creado sin que tú lo hayas querido –dice san Agustín– no te salva sin que tú lo desees. Signo de esta libertad del hombre es su capacidad de convertirse del mal al bien, de volverse bueno en lugar de malo y, al revés, la capacidad de pervertirse, pasando a ser de bueno, réprobo. Nadie, entonces, está fijado irremediamente en la vida por su pasado.

Ezequiel por un lado y Jesús por el otro, ilustran esta verdad. El primero lo hace teniendo en cuenta la situación de sus contemporáneos, enderezando las ideas distorsionadas y fatalistas que ellos tienen del pecado y de la salvación. En su lugar de exilio, dicen: Nuestros padres comieron la uva verde y nosotros los hijos sufrimos la dentera; es decir: nuestros padres pecaron y nosotros recibimos las consecuencias.

El profeta se opone con gran fuerza a esta idea: Dios no castiga a los hijos por las culpas de los padres, o a los padres por las culpas de los hijos (Ez. 18, 20). Cualquiera tiene la posibilidad de salvarse, si sólo lo desea; de ello es signo el perdón que Dios otorga siempre y generosamente a quien decide dejar el camino del mal para convertirse a él de todo corazón.

Jesús ilustra esta misma verdad a sus contemporáneos con la parábola de los dos hijos invitados por el padre a ir a trabajar a la viña. Los hebreos –y en particular los fariseos– esperaban que el Mesías, al venir, no hiciese otra cosa que ratificar la situación en acto, fijando a cada uno en su destino; es decir, de un lado quedarían ellos, los privilegiados, el pueblo elegido –¡el hijo que había dicho sí al padre!–, los cuales serían destinados a la salvación sin otra cuenta nueva para pagar; ‘de otro lado, todos los demás hombres, los paganos o también los pecadores que había entre ellos mismos, identificados con los publicanos y las meretrices que hasta ese momento le habían dicho no a Dios.

Jesús anula este cómodo esquema, haciendo que todo vuelva a cuestionarse. No basta con ser hijos de Abraham, no sirve remitirse a privilegios del pasado: la salvación es una cosa personal que

se decide en la actitud asumida frente a Dios y frente al anuncio de Cristo. Todos son admitidos a ella; en cierto sentido, todos parten de condiciones de igualdad, al menos después del llamado. Dios puede hacer hijos de Abraham incluso de las piedras, es decir, de los pecadores más insensibles. He aquí por qué el publicano bajó salvado del templo, justificado ante Dios, y el fariseo, por el contrario, no.

Entonces, la salvación es ofrecida por Dios a todos los hombres. Depende de la libre respuesta de cada uno, no de la casta a la cual pertenece o de derechos adquiridos, que esta salvación se vuelva operante o no para él.

En todo caso, la objeción es justamente la existencia de esta libertad. ¿Cómo pudo Dios confiar algo tan enorme como la salvación a algo tan precario como nuestra libertad? ¿No sabía el riesgo que de esa forma corría, y aquel todavía más grande que hacía correr a la criatura? ¡Claro que lo sabía! Pero he aquí cómo un hermano nuestro, de fe ardiente, imaginó la respuesta de Dios: “Si no se tratase de otra cosa que de dar prueba de mi poder.. Mi poder es bien conocido, todos saben que yo soy Omnipotente. Pero en mi creación animada, dice Dios, he querido algo mejor. He querido esta libertad. He creado esta libertad. La libertad de esta criatura es el más hermoso reflejo que exista en el mundo de la libertad del Creador... ¿Qué sería una salvación que no fuese libre? ...Cuando se sabe lo que significa ser amado por hombres libres, muchos esclavos arrodillados no representan nada. La mía es ciertamente la más grande invención” (Ch. Péguy). Así, Dios se ha puesto en la situación de tener que confiar en nosotros, en nuestra libertad, antes de pedirnos que confiemos en su salvación.

Sin embargo, en el pasaje evangélico Jesús insiste también en otro aspecto: en lo concreto de esta respuesta. La adhesión del hombre a Dios es libre, pero también debe ser concreta y actuante. El que entra en el reino de los cielos no es quien dice “Señor, Señor”, sino quien hace la voluntad del Señor. No es quien se satisface con píos sentimientos y veleidades, sino quien está dispuesto a traducir en gestos y hechos de la vida cotidiana la voluntad de Dios. De los dos hijos de la parábola, Jesús dice preferir a quien se niega con palabras, pero luego se arrepiente y hace lo que el padre le pidió; lo prefiere en lugar del otro que con palabras le dice sí al padre, pero luego no hace nada y al campo no va.

Esta parábola de Jesús debe hacernos reflexionar atentamente, e incluso temblar de miedo a nosotros los cristianos. En efecto, en muchos aspectos estamos en las condiciones de espíritu de los hebreos. Somos el hijo al cual se dirigió primero, llamándolo a trabajar en su viña, es decir, en la Iglesia. Somos quienes una vez dijeron que sí. Dijimos que sí con el bautismo, ¡y cuántos otros “sí” implícitos proferimos en nuestra vida cristiana! Pero a menudo este “sí” cubre sólo el rechazo real y crea una mentalidad hipócrita. El riesgo consiste en que nos hagamos de una psicología de salvados por derecho, de privilegiados de la salvación. La psicología, por ejemplo, del hijo mayor de la parábola del hijo pródigo, el cual, habiendo permanecido siempre en su casa, cree que el padre le es, por esto, deudor por toda la vida.

El riesgo es grave porque, si descuidamos *consolidar cada vez más el llamado y la elección* (2 Ped. 1. 10), y eso mediante una conversión continua del corazón, la palabra de Jesús se vuelve en contra de nosotros: los publicanos y las meretrices pasarán delante de nosotros al Reino de Dios.

En su epístola, san Pablo nos sugiere hoy algunos puntos que, llevados a la práctica, pueden servir maravillosamente para expresar nuestra libre adhesión al proyecto de salvación ofrecido a nosotros por Jesús, y para dar a tal adhesión lo concreto de los hechos y su sabor.

Escuchemos y elijamos al menos un punto como programa de vida para la semana que nos espera: no hagan nada por espíritu de rivalidad o por vanagloria; cada uno de ustedes, con toda

humildad, considere a los otros superiores a sí mismos; no busquen el propio interés, sino más bien el de los demás. Pero es evidente que estos programas que nos son sugeridos desde afuera no nos bastarán en el momento de la necesidad, si alguien no nos ayuda desde adentro. Por eso, en el salmo responsorial, hemos rezado diciendo:

*Muéstrame, Señor, tus caminos,
enséñame tus senderos.
Guíame por el camino de tu fidelidad;
enséñame, porque tú eres mi Dios y mi salvador,
y yo espero en ti todo el día.*

Nuestro “Dios y salvador”, que asumió un rostro humano en Jesucristo, ahora viene a nosotros para volver a plantearnos y actualizar nuestra salvación. Él espera que, a nuestra vez, nosotros le hagamos la ofrenda de nuestra libertad.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

En el Ángelus (27-IX-1981)

– Colaborar con Dios

“¿Qué os parece?” –pregunta Cristo en el Evangelio escrito por Mateo y leído en este domingo– “¿Qué os parece?” “Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en la viña. Él le contestó: Voy, señor. Pero no fue. Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Él le contestó: No quiero. Pero después se arrepintió y fue. ¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?” (Mt 21,28-31).

Cristo comienza y termina con una pregunta. La respuesta a esta pregunta es fácil. Los oyentes responden que “el último” ha realizado la voluntad del padre.

Así pues, este domingo escuchamos algunas palabras evangélicas sobre la viña y el trabajo.

¿Qué es el trabajo?

Contestemos una vez más a esta pregunta, recordando ante todo que es colaboración con Dios en el perfeccionamiento de la naturaleza, según el precepto bíblico de someter la tierra (cfr. Gen 1,28). El Creador quiso al hombre explorador, conquistador, dominador de la tierra y de los mares, de sus tesoros, de sus energías, de sus secretos, de manera que el hombre recupere su auténtica grandeza de “partner de Dios”. Por eso el trabajo es noble y sagrado: es el título de la soberanía humana sobre la creación.

– Cooperación entre los hombres

El trabajo, además, es medio de unión y de solidaridad, que hace a los hombres hermanos, los educa en la cooperación, los fortalece en la concordia, los estimula a la conquista de las cosas, pero sobre todo de la esperanza, de la libertad, del amor. Mediante las divisiones funcionales de la producción el trabajo puede crear un tejido de colaboración consciente y compacto, y hace a la sociedad más armónicamente operante hacia la meta de un orden justo para todos. Por todo esto la Iglesia lo estimula y lo bendice.

– **Colaborar con Dios**

Nos hacemos la pregunta sobre la naturaleza del trabajo en relación con el Evangelio de la liturgia de hoy. Cada uno de nosotros es uno de los que sienten la llamada del Padre dirigida a los dos hermanos: “Ve hoy a trabajar en la viña” (Mt 21,28). Y cada uno de nosotros, después de haber oído esta llamada, puede comportarse como el primero o como el segundo de ellos.

La parábola evangélica enseña que en el trabajo se contiene una respuesta, que el hombre da a Dios con toda su vida y su comportamiento. El trabajo tiene su sentido no sólo en la construcción de la “ciudad terrestre” sino también en la construcción del Reino de Dios.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

No basta la buena voluntad, las palabras educadas, sino el cumplimiento del querer de Dios aunque resulte costoso, nos dice el Señor con el ejemplo del hijo que inicialmente se negó al deseo del Padre pero, luego, arrepentido, lo secundó. “Señor –pedimos en el Salmo Responsorial– enséñame tus caminos y haz que camine con lealtad”.

Este hijo supo sobreponerse a la pereza ante el deber diario que el Padre le recordó. Si faltara esta lucha contra la comodidad, la voluntad se iría tornando cada vez más blanda y podría llegar a asustarnos con sus delirios y con cambios bruscos y repentinos de dirección, con caprichos y parálisis que agostarían el amor que Dios infundió el día del Bautismo en nuestros corazones. Entonces, seríamos tiranizados por el cuerpo, los instintos, la sensibilidad, la imaginación..., convirtiendo nuestra vida en un repertorio de gestos anodinos y sin sentido que desembocarían en el arrenal del desencanto y el tedio. “El Reino de los Cielos no pertenece a los que duermen y viven dándose todos los gustos, sino a los que luchan contra sí mismos” (Clemente de Alejandría, *Quis dives salvetur?*, 21).

Hay que decidirse a plantearle una seria batalla a la pereza que tantas cosas buenas malogra en nuestra vida. Sin esta lucha diaria, la voluntad debilitada sólo encontraría disgusto en lo que Dios indica y, en cambio, se vuelve pura codicia para todo lo que es regalo de oscuras apetencias. Esta lucha contra la comodidad egoísta, no consiste en multiplicar el número de nuestras tareas –esa podría ser una pretensión de la soberbia– o en cerrarse a toda satisfacción o gozo: “no quieras ser demasiado riguroso” (Eccl. 7,16). Pero sí esforzarnos por desempeñar con más amor nuestras obligaciones con Dios y con los demás.

“Cuando el justo se aparta de su justicia, comete la maldad y muere... Si recapacita y se convierte de los delitos cometidos, ciertamente vivirá y no morirá”. Convendría alguna vez recordar que un cristiano que desdeña el propio vencimiento que el espíritu cristiano exige, no es en modo alguno un *águila* que se cierne libre y dominadora sobre la inmensidad del cielo. Se parece, más bien, al perro callejero que, escapado de su domicilio, va errante y amenazado entre el tumulto de la ciudad. Puede ir donde le plazca, pero no está por ello menos perdido.

El amor se nutre y hace fuerte con el sacrificio, doblegando –como el primer hijo del Evangelio de hoy– esa astenia inicial en el servicio de Dios y de los demás. ***Para amar de verdad es preciso ser fuerte, leal, en la esperanza y en la caridad. Sólo la ligereza insubstancial cambia caprichosamente el objeto de sus amores, que no son amores sino compensaciones egoístas*** (San Josemaría Escrivá).

Por lo demás, Dios ha hecho que la felicidad sea imposible para el egoísta. Cada uno lo sabe y puede recordar cuáles han sido los momentos más venturosos de su vida: coincidieron justamente

con las horas de mayor generosidad. Cuando no nos conformamos con las formas más bastas y superficiales de la dicha y quisimos ahondarla y hacerla más rica y duradera, aprendimos esto: la felicidad es como el fuego, que se apaga si no se propaga.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Se entra en el Reino por la acogida y el seguimiento de Jesús»

I. LA PALABRA DE DIOS

Ez 18,25-28: «Cuando el malvado se convierta de su maldad, salvará su vida»

Sal 24,4bc-5.6s.8s.: «Recuerda, Señor, que tu misericordia es eterna»

Flp 2,1-11: «Tened entre vosotros los sentimientos de una vida en Cristo Jesús»

Mt 21,28-32: «Los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La segunda parábola del Reino (cf Domingo anterior) censura al que dice y no hace, y alaba, en cambio, al que se arrepiente de haber dicho que no a Dios y termina haciendo lo que Él quiere. Esto es: aceptar y seguir al Enviado, al Hijo. El pueblo antiguo en su mayoría tenía a Dios en los labios pero desechó al Enviado (cf Domingo siguiente). El pueblo nuevo, pecador, y «los publicanos y las prostitutas» del antiguo «os llevan la delantera [a los jefes del antiguo] en el camino del Reino de Dios», porque aceptan al Enviado.

El mensaje de este Domingo invita a los cristianos a vivir conforme a su identidad en el seguimiento a Jesucristo. Alcanzar los sentimientos y las costumbres propias de la vida en Cristo.

III. SITUACIÓN HUMANA

Decir y no hacer es lo que Jesús denuncia. «Del dicho al hecho va mucho trecho», dice la sabiduría popular. Según el evangelio, ese largo trecho no puede salvarlo el hombre solo. Lo salva con Jesús.

No es la eficacia el supremo valor que exige el evangelio, a diferencia del pensamiento actual. Más bien se reclama del cristiano la coherencia del pensar y del vivir.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– En las parábolas se nos describen el Reino y sus caminos: «Jesús llama a entrar en el Reino a través de las parábolas, rasgo típico de su enseñanza... Por medio de ellas invita al banquete del Reino... las palabras no bastan hacen falta obras (cf Mt 21,28-32). Las parábolas son como un espejo para el hombre: ¿acoge la palabra como un suelo duro o como una buena tierra...? ¿Qué hace con los talentos recibidos...? Jesús y la presencia del Reino en este mundo están secretamente en el corazón de las parábolas.

– Es preciso entrar en el Reino, es decir, hacerse discípulo de Cristo para «conocer los Misterios del Reino...»... Para los que están «fuera»... la enseñanza de las parábolas es algo enigmático...» (546).

La respuesta

– «Maestro, ¿qué he de hacer yo de bueno para conseguir la vida eterna?... Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos...» “Cuando le hacen la pregunta «¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?»... Jesús responde: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón... El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas»... El Decálogo debe ser interpretado a la luz de este doble y único mandamiento de la caridad, plenitud de la Ley...” (2055).

– Sobre el Decálogo: 2056-2068.

El testimonio cristiano

– «Como la caridad comprende dos preceptos en los que el Señor condensa toda la ley y los profetas... así los diez preceptos se dividen en dos tablas: tres están escritos en una tabla y siete en la otra (S. Agustín, serm 33, 2, 2)» (2067).

– “«Por el decálogo, Dios preparaba al hombre para ser amigo y tener un solo corazón con el prójimo» (San Ireneo)” (2063).

Decir y hacer es adherirse a Jesús y seguir el camino de los mandamientos, sintetizado en el doble precepto del amor. Este Amor es la Caridad, que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones (cf Rm 5,5) y se nutre de la Eucaristía.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

La virtud de la Obediencia.

– **Parábola de los dos hijos enviados a la viña. La obediencia nace del amor.**

I. *¿Qué os parece?*, comenzó Jesús dirigiéndose a los que le rodeaban. *Un hombre tenía dos hijos; dirigiéndose al primero, le mandó: Hijo, ve hoy a trabajar a mi viña. Pero él le contestó: No quiero. Sin embargo se arrepintió después y fue.* Lo mismo dijo al segundo. Y éste respondió: *Voy, señor; pero no fue.* Preguntó el Señor cuál de los dos hizo la voluntad del padre. Y todos contestaron: el primero, el que de hecho fue a trabajar a la viña. Y Jesús prosiguió: *En verdad os digo que los publicanos y las meretrices os van a preceder en el reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros por el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y las meretrices le creyeron*¹.

El Bautista había señalado el camino de la salvación, y los escribas y fariseos, que se ufanaban de ser fieles cumplidores de la voluntad divina, no le hicieron caso. Estaban representados por el hijo que dice “voy”, pero de hecho no va. En teoría eran los cumplidores de la Ley, pero a la hora de la verdad, cuando llega a sus oídos la voluntad de Dios por boca de Juan, no la cumplen, no supieron ser dóciles al querer divino. En cambio, muchos publicanos y pecadores atendieron su llamada a la penitencia y se arrepintieron: están representados en la parábola por el hijo que al principio dijo “no voy”, pero en realidad fue a trabajar a la viña. Obedeció, agradó a su padre con las obras.

El mismo Señor nos dio ejemplo de cómo hemos de llevar a cabo ese querer divino, que se nos manifiesta de formas tan diversas, “pues en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el Reino de los Cielos, nos reveló su misterio y efectuó la redención con la obediencia”². San

¹ Mt 21, 28-32.

² CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 3.

Pablo, en la *Segunda lectura* de la Misa³, nos pone de manifiesto el amor de Jesucristo a esta virtud: siendo Dios, *se humilló a Sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz*. En aquellos tiempos la muerte de cruz era la más infamante, pues estaba reservada a los peores criminales. De ahí que la expresión máxima de su amor a los planes salvíficos del Padre consistió en obedecer hasta la muerte y muerte de cruz.

Cristo obedece por amor; ése es el sentido de la obediencia cristiana: la que se debe a Dios, la que debemos prestar a la Iglesia, a los padres, a los superiores, la que de un modo u otro rige la vida profesional y social. Dios no quiere servidores de mala gana, sino hijos que quieran cumplir su voluntad con alegría, que obedezcan. Cuenta Santa Teresa que estando un día considerando la gran penitencia que llevaba a cabo una buena mujer conocida suya, le entró una santa envidia pensando que ella también la podría hacer, si no fuera por el mandato expreso que había recibido de su confesor. De tal manera quería emular a aquella mujer penitente que pensó si sería mejor no obedecer en este consejo al confesor. Entonces, le dijo Jesús: “Eso no, hija; buen camino llevas y seguro. ¿Ves toda la penitencia que hace?; en más tengo tu obediencia”⁴.

– El ejemplo de Cristo. Obediencia y libertad.

II. La obediencia de Jesús –como nos enseña San Pablo– no consistió simplemente en dejarse someter a la voluntad del Padre, sino que fue Él mismo quien se hizo obediente: su obediencia activa asumió como propios los designios del Padre y los medios para alcanzar la salvación del género humano.

Una de las señales más claras de andar en el buen camino, el de la humildad, es el deseo de obedecer⁵, “mientras que la soberbia nos inclina a hacer la propia voluntad y a buscar lo que nos ensalza, y a no querer dejarnos dirigir por los demás, sino dirigirlos a ellos. La obediencia es lo contrario de la soberbia. Mas el Unigénito del Padre, venido del Cielo para salvarnos y sanarnos de la soberbia, se hizo obediente hasta la muerte en la cruz”⁶. Él nos ha enseñado por dónde hemos de dirigir nuestros pasos: *lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero*, recitan hoy los sacerdotes en la *Liturgia de las Horas*⁷.

La obediencia nace de la libertad y conduce a una mayor libertad. Cuando el hombre entrega su voluntad en la obediencia conserva la libertad en la determinación radical y firme de escoger lo bueno y lo verdadero. Quien elige una autopista para llegar antes y con más seguridad a su destino, no se siente coaccionado por los límites y las indicaciones que encuentra; la cuerda que liga al alpinista con sus compañeros de escalada no es atadura que le perturbe –aunque esté firmemente sujeto–, sino vínculo que le da seguridad y le evita caer al abismo; los ligamentos que unen las diversas partes del cuerpo no son ataduras que impiden los movimientos, sino garantía de que éstos se realicen con soltura y firmeza. El amor es lo que hace que la obediencia sea plenamente libre. ¿Cómo pensar que Cristo –que tanto amó y nos inculcó esta virtud– no lo fuera? “Para quien quiere seguir a Cristo, la ley no es pesada. Sólo se convierte en una carga si no se acierta a ver en ella la llamada de Jesús o no se tienen ganas de seguir esa llamada. Por lo tanto, si la ley resulta a veces pesada, puede ser que haya que mejorar no tanto la ley como nuestro empeño por seguir a Cristo.

³ Flp 2, 1-11.

⁴ SANTA TERESA, *Cuentas de conciencia*, 20.

⁵ SANTO TOMAS, *Comentario a la Epístola a los Filipenses*, 2, 8.

⁶ R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Las tres edades de la vida interior*, vol. II, p. 683.

⁷ LITURGIA DE LAS HORAS, I Vísperas. *Sal* 119, 105.

“Si me amáis, guardaréis mis mandamientos (Jn 14, 15). Por esto es por lo que quiero obedecerte a Ti y obedecer a tu Iglesia, Señor; no principalmente porque yo vea la racionalidad de lo que se manda (aunque esa racionalidad es tantas veces evidente), sino –principalmente– porque quiero amarte, y demostrarte mi amor. Y también porque estoy convencido de que tus mandamientos proceden del amor y me hacen libre. *Corro por los caminos de tus mandamientos, pues Tú dilatas mi corazón... Andaré por camino espacioso, porque busco tus preceptos (Sal 119,32.45)*”⁸.

– Deseos de imitar a Jesús.

III. Mejor es la obediencia que las víctimas⁹, leemos en la Sagrada Escritura. “Y con razón – comenta San Gregorio Magno– se antepone la obediencia a las víctimas, porque mediante las víctimas se inmola la carne ajena, y en cambio por la obediencia se inmola la propia voluntad”¹⁰, lo más difícil de entregar, porque es lo más íntimo y propio que poseemos. Por eso es tan grata al Señor, y de ahí el empeño de Jesús, a quien *los vientos y el mar le obedecen*¹¹, por enseñarnos con su palabra y con su vida que el camino del bien, de la paz del alma y de todo progreso interior pasa por el ejercicio de esta virtud. Ya en el Antiguo Testamento estaba escrito: *Vir obediens loquetur victoriam*¹², el que obedece alcanza la victoria, “el que obedece, vence”, obtiene la gracia y la luz necesaria, pues recibe *el Espíritu Santo, que Dios otorga a los que obedecen*¹³. “¡Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes!”¹⁴, exclamaba Santa Teresa. Por ser tantos los bienes que se derivan del ejercicio de esta virtud y el camino que lleva más derechamente a la santidad, el demonio tratará de interponer muchas falsas razones y excusas para no obedecer¹⁵.

Con todo, la necesidad de obedecer no proviene sólo de los bienes tan grandes que reporta al alma, ni de una eficacia organizativa..., sino de su íntima unión con la Redención: es parte esencial del misterio de la Cruz¹⁶. Por tanto, el que pretendiera poner límites a la obediencia querida por Dios, limitaría a la vez su unión con Cristo y difícilmente podría identificarse con Él, fin de toda la vida cristiana, porque *habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo, el cual, teniendo la naturaleza de Dios..., no obstante se anonadó a Sí mismo tomando forma de siervo*¹⁷.

El deseo de imitar a Cristo nos ha de llevar a preguntarnos frecuentemente: ¿hago en este momento lo que Dios quiere, o me dejo llevar por el capricho, la vanidad, el estado de ánimo? ¿Sé oír la voz del Señor en los consejos de la dirección espiritual? ¿Es mi obediencia sobrenatural, interna, pronta, alegre, humilde y discreta?¹⁸.

Pidamos a nuestra Señora un gran deseo de identificarnos con Cristo mediante la obediencia, aunque alguna vez nos cueste. “Obedece sin tantas cavilaciones inútiles... Mostrar tristeza o desgana ante el mandato es falta muy considerable. Pero sentirla nada más, no sólo no es culpa, sino que puede ser la ocasión de un vencimiento grande, de coronar un acto de virtud heroico.

⁸ C. BURKE, *Autoridad y libertad en la Iglesia*, p. 75.

⁹ 1 Sam 15, 22.

¹⁰ San Gregorio Magno, *Moralia*, 14.

¹¹ Mt 8, 27.

¹² Prov 21, 28.

¹³ Hech 5, 32.

¹⁴ SANTA TERESA, *Vida*, 18, 7.

¹⁵ IDEM, *Fundaciones*, 5, 10.

¹⁶ Cfr. SANTO TOMAS, *Comentario a la Epístola a los Romanos*, V, 8, 5.

¹⁷ Flp 2, 5-7.

¹⁸ SANTO TOMAS, *Suma Teológica*, 2-2, qq. 104 y 105; q. 108, aa. 5 y 8.

No me lo invento yo. ¿Te acuerdas? Narra el Evangelio que un padre de familia hizo el mismo encargo a sus dos hijos... Y Jesús se goza en el que, a pesar de haber puesto dificultades, ¡cumple!; se goza, porque la disciplina es fruto del Amor¹⁹.

Fray Agustí ALTISENT i Altisent, Monje (Tarragona, España) (www.evangelinet.net)

«¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?»

Hoy, contemplamos al padre y dueño de la viña pidiendo a sus dos hijos: «Hijo, vete hoy a trabajar en la viña» (Mt 21,29). Uno dice “sí”, y no va. El otro dice “no”, y va. Ninguno de los dos mantiene la palabra dada.

Seguramente, el que dice “sí” y se queda en casa no pretende engañar a su padre. Será simplemente pereza, no sólo “pereza de hacer”, sino también de reflexionar. Su lema: “A mí, ¿qué me importa lo que dije ayer?”.

Al del “no”, sí que le importa lo que dijo ayer. Le remuerde aquel desaire con su padre. Del dolor arranca la valentía de rectificar. Corrige la palabra falsa con el hecho certero. “Errare, humanum est?”. Sí, pero más humano aún —y más concorde con la verdad interior grabada en nosotros— es rectificar. Aunque cuesta, porque significa humillarse, aplastar la soberbia y la vanidad. Alguna vez habremos vivido momentos así: corregir una decisión precipitada, un juicio temerario, una valoración injusta... Luego, un suspiro de alivio: —Gracias, Señor!

«En verdad os digo que los publicanos y las ramerías llegan antes que vosotros al Reino de Dios» (Mt 21,31). San Juan Crisóstomo resalta la maestría psicológica del Señor ante esos “sumos sacerdotes”: «No les echa en cara directamente: ‘¿Por qué no habéis creído a Juan?’, sino que antes bien les confronta —lo que resulta mucho más punzante— con los publicanos y prostitutas. Así les reprocha con la fuerza patente de los hechos la malicia de un comportamiento marcado por respetos humanos y vanagloria».

Metidos ya en la escena, quizá echemos de menos la presencia de un tercer hijo, dado a las medias tintas, en cuyo talante nos sería más fácil reconocernos y pedir perdón, avergonzados. Nos lo inventamos —con permiso del Señor— y le oímos contestar al padre, con voz apagada: ‘Puede que sí, puede que no...’. Y hay quien dice haber oído el final: ‘Lo más probable es que a lo mejor quién sabe...’.

¹⁹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, n. 378.